

AMAR POR SEÑAS

Personas que hablan en ella:

- **BEATRIZ**, dama, hija de Felipo
 - **CLEMENCIA**, dama, hija de Felipo y duquesa de Joyosa
 - **ARMESINDA**, dama-niña, sobrina de Felipo
 - **FELIPO**, duque de Lorena
 - **Don GABRIEL** Manrique, galán español
 - **CARLOS**, galán, duque de Orliens
 - **ENRIQUE**
 - **MONTOYA**, gracioso
 - **RICARDO**
 - **CRIADO 1**
 - **CRIADO 2**
 - **CRIADO 3**
 - **Un PAJE**
 - **DAMA**
-

ACTO PRIMERO

Salen don GABRIEL y MONTOYA, de camino

MONTOYA: Eché las maneotas,
 colgué el freno del arzón,
 maleta y caparazón,
 de la color de tus botas,
 yacen --parece epitafio--
 entre juncia, espliego y grama,
 porque te ministren cama;
 mas yo debo ser un zafio,
 un...

GABRIEL: Empieza ya.

MONTOYA: ... un pollino,
 una mula de alquiler,
 pues no merezco saber
 la causa de este camino.

¿Qué mosca te dio? No ha una hora
que con la cara serena
triunfando te vi en Lorena;
¿de qué es la murria de agora?

Danzaste a satisfacción
de todo el salón ducal
antenoche, sin igual
Adonis de tal salón.

Cinco premios de la justa
esta tarde te has mamado,
de monsiures envidiado
porque tu cólera adusta
dio con tres patas arriba,
que del campo sastres fueron,
pues que la arena midieron.

¿Qué belleza, por esquiva,
soberbia, qué generosa
presunción, qué tiranía
de voluntades te vía,
que con cara cosquillosa
no te echase bendiciones,
si siempre que las mirabas
desde la tela agarrabas
sus almas por los balcones?

¿Hubo favor de importancia
que el de Orliens no te haya hecho,
de tu valor satisfecho,
hermano del rey de Francia,
y tan tratable contigo
que, desde que nos sacó
de España, te sublimó
a la igualdad de un amigo?

¿Dónde vas, si no has sacado
monja o doncella, no has muerto,
no herido, no has encubierto
ladrones, no te han hallado
moneda falsa, no joya
contrahecha, no papel
de conjuración infiel,
no resistencia?

GABRIEL: Montoya,
ya sabes mi condición:
servir y callar.

MONTOYA: Apelo
sola esta vez.

GABRIEL: ¿Cuándo suelo
tener yo satisfacción
de ti ni de otro criado?
¿Comunico yo secretos
contigo?

MONTOYA: Muchos discretos
a sus ministros han dado
cuenta de cosas más graves,
cuyo consejo remedia
imposibles. ¿Qué comedia
hay, si las de España sabes,
en que el gracioso no tenga
privanza, contra las leyes,
con duques, condes y reyes,
ya venga bien, ya no venga?
¿Qué secreto no le fían?
¿Qué infanta no le da entrada?
¿A qué princesa no agrada?

GABRIEL: Los poetas desvarían
con esas civilidades,
pues, dando a la pluma prisa,
por ocasionar la risa,
no escusan impropiedades.

MONTOYA: Ni hay criado que merezca
con su amo menos que yo.

GABRIEL: Basta; no me enojés.

MONTOYA: No.

GABRIEL: Llámame cuando amanezca,
porque al punto caminemos.

MONTOYA: (¡Qué maldita condición!) Aparte
Allí un gallo motilón
canta maitines; podremos,
si es media noche, dormir
dos o tres horas no más;
quizá en ellas soñarás

que te importa no partir.

Paséome, por guardarte
el sueño, junto al frisón;
maleta y caparazón
desean acomodarte
al pie de aquel chopo viejo.
Duerme, y ¡ojalá, el mi dueño,
mude caprichos tu sueño,
y estimes más mi consejo!

Vase

GABRIEL: Liviana imaginación,
huyendo voy de imposibles;
resistencias invencibles,
apadríneos la razón.
Volved por vos, opinión;
que pretende una beldad,
desluciendo mi lealtad,
enloquecerme y rendiros;
más valen cuerdos retiros
que loca temeridad.
Vi a Beatriz cuando ignoraba
que pudiera darme enojos,
sin que advirtiesen mis ojos
que tan cerca el alma estaba.
Imaginé que feriba
deleites, a cuyo alarde,
ni pechero ni cobarde,
retirara mi valor;
pero --¡ay cielos!-- que el amor
entra presto y sale tarde.
¡Beatriz, hija y sucesora
del gran duque de Lorena!
¡Carlos de Orliens, cuya pena
le trae a casarse agora,
si pena quien se enamora!
¿Y yo que le sirvo y sigo,
amo a Beatriz, y desdigo

de quien soy? ¡Civil cuidado!
¿Obligaréle criado?
¿Corresponderéle amigo?
Alto, amor desvanecido,
el más eficaz remedio
será poner tierra en medio,
pues la razón no lo ha sido.
La ausencia engendra el olvido;
de Marte es amor despojos;
la guerra divierte enojos
que amor pudo ocasionar.
Si me perdí por mirar,
yo castigaré los ojos.
Enfrena, Montoya, enfrena;
que no necesito al día,
cuando la luna es mi guía;
lastimada de mi pena,
porque salga de Lorena,
mi resolución apoya.
De los incendios de Troya
huyendo, saco violentos
penates, mis pensamientos.

*Sale RICARDO con una maleta debajo del brazo, y se
pone delante de don GABRIEL*

GABRIEL: ¿Es Montoya?
RICARDO: No es Montoya.

GABRIEL: ¿Quieres algo?
RICARDO: Lo que llevo.
GABRIEL: ¿Qué llevas?
RICARDO: Todos los bienes
que en esta maleta tienes.
Robéte los, y me atrevo
a decírtelo.
GABRIEL: ¿Estás loco?
RICARDO: No, pero estoy obligado
a quien esto me ha mandado,

y sé que no te ama poco.

GABRIEL: ¿Qué dices, hombre?

RICARDO: Esto digo.

GABRIEL: ¿Que me robes te mandó
quien bien me quiere?

RICARDO: Y soy yo
de sus desvelos testigo.

GABRIEL: ¿Y gusta que me des cuenta
del hurto que has hecho?

RICARDO: Sí.

GABRIEL: ¿Quién es?

RICARDO: Cerca está de aquí.

GABRIEL: Dime su nombre.

RICARDO: No intenta
que le sepas por ahora.

GABRIEL: ¿No? Pues ¿cuándo?

RICARDO: Más despacio.

GABRIEL: ¿Dónde está?

RICARDO: ¿Ves el palacio
del bosque? Pues en él mora.

GABRIEL: Sepa yo cómo se llama.

RICARDO: Que lo ignores determina.
¿Conoces a la sobrina
de Felipo?

GABRIEL: ¡Hermosa dama!

RICARDO: Pues no es ésa la curiosa
inventora de esta empresa.

¿Sabes quién es la duquesa,
en Lorena, de Joyosa?

GABRIEL: Ésa es madama Clemencia,
de dos hijas la menor
del duque.

RICARDO: Pues no es su amor
quien quiere impedir tu ausencia.

GABRIEL: Pues ¿quién? Que me vuelves loco.

RICARDO: Ya conoces a Beatriz.

GABRIEL: ¿Qué dices? ¡Suerte feliz!

RICARDO: Pues no es aquésa tampoco.

GABRIEL: ¡Oh bárbaro burlador!
¡Viven los cielos...!

RICARDO: Despacio.

En ese hermoso palacio
te tiene una dama amor,
 que desea conocerte,
y ver si en España amaste,
por qué ocasión te ausentaste,
y agora intentas volverte.

 Díome para esto la traza
que has visto y ejecuté;
la maleta te robé;
que, a no hacerlo, me amenaza
 no menos que en la cabeza;
y harálo; que es poderosa;
sabrá por ella curiosa
tu estado, patria y nobleza;
 pues claro está que ha de hallar
papeles que de esta duda
la saquen. De intentos muda,
sin resolverte a ausentar;
 que, puesto que este secreto
importa lo que no sabes,
por haber estorbos graves
y serlo tanto el sujeto,
 estimarás tu fortuna
cuando conozcas quién es,
porque es una de las tres,
y de las tres no es ninguna.

Vase

GABRIEL: Fuése, y burlóse de mí;

pues para que no le siga,
con disparates me obliga.

O sueño o es frenesí.

 Ladrón ingenioso, aguarda.

¿Que así un hombre se me atreva?

Seguiréle; que me lleva
las joyas de mi Gerarda.

Vase

MONTOYA: ¡Que me durmiese yo en pie!

¿Hiciera más un lirón?

Pero ¿qué es de mi frisón?

Maniatado le dejé.

¡Oigan esto! ¡Vive Dios,
que se me acoge con él
un hombre! --Cuatrero cruel,
espera, aguarda. --Otros dos
van corriendo uno tras otro.

¡Ay, también falta el cojín!

Trampantojos de Merlín
nos llevan maleta y potro.

La luna me está diciendo
que es mi amo aquel que corre;
si él la maleta socorre,
y yo el caballo definiendo,
¡oh enlunada claraboya!
sacrificaréte un gallo.
Franchote, deja el caballo;
que es pupilo de Montoya.

*Quiere entrarse, pero salen dos criados que le
cogen por las espaldas*

CRIADO 1: Tenga, que hay mucho que hacer.

MONTOYA: ¡Ay, por detrás y conmigo,
¿qué hacen?

CRIADO 2: Punta en boca, digo.

MONTOYA: Señores, no es menester
apuntar bocas; la mano
meta en esa faltriquera
el uno; que yo quisiera
ser un príncipe; no gano
más que una triste ración,
y con ella veinte reales
de salario, aun no cabales,

pues es mi dueño un pelón.

Doce de éstos hallarán
con otra mosca menuda;
quien la maleta nos muda,
si rompe su cordobán,
desembolsará doblones,
que en Francia llaman del sol;
yo soy un pobre español.

CRIADO 2: Acortemos de razones;
que no nos trae su dinero.
Atadle esas manos bien.

Se las atan atrás

MONTOYA: ¿Mi dinero no? Pues ¿quién...?

CRIADO 2: Allá lo sabrá.

MONTOYA: Si muero,
díganme por qué delito.

CRIADO 2: Con el lienzo le vendad
los ojos.

MONTOYA: No hice maldad
por obra ni por escrito.
Si mi dueño derribó
tres monsiures, ¿en qué peca
un lacayo, pica seca,
que en su vida se metió
en justas ni en pecadoras?
Por sólo no tornear,
dejé en un torno de hablar
tres monjísimas señoras.

CRIADO 1: Ande y calle.

MONTOYA: ¿A dónde bueno
o para qué tantas prisas?

CRIADO 1: Diránselo allá.

MONTOYA: ¿De misas?
Luego ¿a réquiem me condeno?

CRIADO 2: En chistando, claro está.

MONTOYA: No muy claro, pues a oscuras
me llevan. De estas venturas
la fortuna me dará

infinitas. (Hilo a hilo
me voy.)

Aparte

CRIADO 2: Chitón.

MONTOYA: No hablo nada.

(Labrando voy cera hilada;
pero fáltala el pabilo.)

Aparte

*Vanse. Salen RICARDO con la maleta, huyendo, y don
GABRIEL, que le sigue con la espada desnuda*

GABRIEL: Hombre ¿estás encantado?

Cuando corro tras ti, por bosque y prado,
sus alas te da el viento;
si te pierdo de vista, a paso lento
me aguardas; y al instante
que pienso que te alcanzo, la inconstante
cometa no te iguala.

Siguiéndote me traes de sala en sala,
después que en esta quinta
entraste, que de Circe hechizos pinta,
sola y deshabitada,
de luces y tapices adornada.

A nadie en ella veo.

O loco estoy o lo que sueño creo.

RICARDO: El orden he cumplido

que me dio quien aquí te ha reducido.

Consulta con tu suerte,

español, el ganarte o el perderte;

porque si eres discreto,

toda tu dicha estriba en tu secreto;

y no te asombres tanto;

que ésta es industria toda, no es encanto;

porque lo que primero

te dije es, español, tan verdadero,

que de las tres madamas

la que examina en ti amorosas llamas

y prueba tu fortuna

es una de las tres y no es ninguna.

*Apaga la luz, vase y cierra la
puerta*

GABRIEL: ¡Espera! Fuese y mató
la luz, cerrando la puerta.
Cuando tanto enigma advierta,
¿podré interpretarle yo?
De tres damas que nombró,
afirma que la una es
quien bien me quiere y, después,
que no es de las tres ninguna:
¿cómo si es de las tres una,
non es ninguna de las tres?
No será Beatriz hermosa,
que ha de casarse mañana
con el de Orliens; no su hermana,
que ha de ser de Enrique esposa;
no Armesinda generosa,
que es muy niña su belleza
para tanta sutileza.
Piensamientos, poco a poco;
que me vais volviendo loco,
y ya mi frenesí empieza.

*Salen MONTOYA, CRIADO 1 y CRIADO 2, a quienes se
oye hablar arriba en lo alto de la chimenea*

MONTOYA: ¿A dónde bueno conmigo,
señores, que, encaramados,
me han hecho pisar tejados
a cierraojos.

CRIADO 2: Ya le digo
que ande y calle, si desea
vivir.

MONTOYA: Pues ¿de esto se enojan?
¿Por dónde diablos me arrojan?

CRIADO 2: Sabrálo cuando lo vea.

MONTOYA: ¿Si es verdad esto que toco?
Sin ser chorizo o jamón,
me han colgado a un cañón

chimeneo.

CRIADO 2: Poco a poco;
que si cae se ha de matar.

MONTOYA: ¿Quién vio a escuras volatín?
¡Puf! Llenóseme de hollín
la boca. ¿En qué ha de parar
mi ciego descendimiento?

CRIADO 2: Hombre, calla.

MONTOYA: ¡Confesión!
A humo huelo de carbón.
¿Mas si hubiese quemamiento?
Lástima de mí tened.

GABRIEL: Una voz se va acercando
querellosa.

MONTOYA: Bamboleando,
doy de pared en pared.

*Asoma MONTOYA debajo de la campana de la chimenea,
colgado de un cordel, vendados los ojos y atadas las
manos*

Si abajo hay leña encendida,
¿qué ha de ser de mi trascara?
Mi chamuscación es clara.
Yo ¿gomorricé en mi vida?
Pues ¿por qué me carbonizan?
¡Ay, que pienso que me abraso!
Si yo buscara el ocaso
del gregüesco...

GABRIEL: Atemorizan
estas voces por venir
a escuras. ¡Cielos! ¿qué es esto?
Ea, vil temor, dispuesto
estoy, matando, a morir.

Saca la espada

CRIADO 2: Soltadle; que ya estará

en el suelo.

Suéltanle y cae

MONTOYA: ¡Ay, desloméme,
 tullíme, desvencijéme
 del golpe.

GABRIEL: Hombre, tente allá,
 si no quieres que te mate.

MONTOYA: ¿Qué más tenido me quieres,
 si estoy atado?

GABRIEL: ¿Quién eres?

MONTOYA: ¡Ese es gentil disparate!
 Vesme, y no te puedo ver,
 ¿y eso preguntas? Yo he sido
 lacayo, y ya soy Cupido
 vendado. ¿Quién puede ser
 un hombre cuando no vea?

GABRIEL: ¿Quién eres, en conclusión?

MONTOYA: Soy tuétano del cañón
 de toda esa chimenea.
 Duélete de un pobre mozo.

GABRIEL: No te veo.

MONTOYA: ¿No, por Dios?
 Luego ¿estaremos los dos
 en el limbo o en el pozo?

GABRIEL: ¿Es Montoya?

MONTOYA: ¿Es don Gabriel?

GABRIEL: ¿Cómo o quién te trajo aquí?

MONTOYA: ¿Sélo yo? Llégate a mí,
 desátame ese cordel
 que me tiene estropeado,
 mientras mis dichas te cuento.

GABRIEL: Pues desataréte a tiento.

Desátale

MONTOYA: Luego ¿también te han vendado

los ojetes, como a mí?

GABRIEL: No, pero estamos a oscuras.

MONTOYA: ¡Provechosas aventuras

nos suceden! Hacia aquí.

¿Topaste con la lazada?

GABRIEL: Álzate.

MONTOYA se levanta

MONTOYA: ¡Gracias a Dios!

¿Adónde estamos los dos?

GABRIEL: Es una casa encantada.

MONTOYA: ¡Encantada! ¿Desvarías?

¿Qué dices?

GABRIEL: ¿Qué he de decir,

si no hay por donde salir?

MONTOYA: Libro de caballerías

alquilaba mi ración,

donde topaba Amadises,

Esplandianes, Belianises,

que de región en región,

por barbechos y restrojos

descuartizando gigantes,

deshacían, siendo andantes,

los tuertos, y aun los visojos;

donde sabios de ventaja

encantaban de una vez

princesas de diez en diez,

por "quítame allá esta paja";

mas siempre estos hechiceros

--que los más eran traidores--,

encantando a sus señores,

dejaban los escuderos.

¿Quieres apostar, señor,

que los monsiures caídos

nos embaulan, ofendidos

de su afrenta y tu valor?

GABRIEL: Tenlo por cierto.

MONTOYA: Emboscados

y sin cenar nos cogieron;
pero, en fin, nunca murieron
de hambre los encantados
--cosa que es bien que se note--,
mas mis alientos se holgaran
que esta vez nos encantaran
cuatro platos de gigote.

GABRIEL: ¡Qué diferentes cuidados
son los tuyos de los míos!

MONTOYA: Diremos mil desvaríos;
que estamos encantusados.
Mas mejor fuera buscar
la puerta de este castillo,
si no han echado el rastrillo.

*Llaman dentro, dando golpes en el
torno*

GABRIEL: Oye; ¿no sientes llamar?

MONTOYA: Parece que allí golpean.--
Diga quien es el que llama.

GABRIEL: ¿No responden?

MONTOYA: Será dama
de las que vernos desean
encantados; y es sin duda,
porque, aunque hubiese otros tantos,
no bastaran mil encantos
a que una mujer sea muda.

Llaman otra vez

GABRIEL: Segunda vez han tocado.

MONTOYA: Y es el toque en la madera
de la puerta. No quisiera
que hubiese algún lazo armado
o trampa por donde voy;
que todo encanto es tramoya.

Vase llegando a tiento al torno

GABRIEL: Anda, no temas, Montoya.

MONTOYA: Como no sé donde estoy...

GABRIEL: En una sala adornada
de doseles y pinturas.

MONTOYA: Pues la puedes ver a oscuras,
no está para ti encantada.

Llego a tiento hacia la parte
que pulsa el tal llamador.
¿Quién llama? ¿Quién es?

*Llega al torno, que se vuelve, y le coge la
cabeza*

¡Señor!

¡Jesús!

GABRIEL: ¿Quién puede asombrarte?

MONTOYA: Una cosa que se anda
alrededor y me muerde.

¿Ay, si fuese el dragón verde
que fue palafrén de Urganda?

Llega presto, si deseas
que no me desmaye.

*Llégase don GABRIEL y tienta el
torno*

GABRIEL: ¡Loco,
éste es torno!

MONTOYA: No le toco.
Llega tú, pues que torneas.

*Vuelve el torno con dos luces en candeleros de
plata, recado para escribir y un billete*

GABRIEL: Con dos luces se volvió.
MONTTOYA: El "lumen Christi" cantemos;
di "Deo gratias", pues nos vemos.
GABRIEL: ¡Qué es esto, cielos!
MONTTOYA: ¿Quién vio
monasterios encantados?
Mas soy necio; no hallaré
devoto que no lo esté
como bojes torneados.
GABRIEL: Todo esto tiene misterio.
MONTTOYA: Seremos por lo ordinario,
yo el confesor, tú el vicario,
y éste nuestro monasterio.
GABRIEL: Un billete para mí
viene y una escribanía.

Toma el papel y lee don GABRIEL el sobrescrito

MONTTOYA: Pues donde hay monjas, ¿podía
faltar billeticos?; di.
Respóndela con ternura;
que yo seré la andadera.
¡Ojalá con él viniera
la santa bizcochadura!
Dichosos fuimos los dos.
¡Qué necios discursos hice!
GABRIEL: Así el sobrescrito dice,
"Leed sólo para vos".
MONTTOYA: Y ¿para mí?
GABRIEL: Aparta allá.
MONTTOYA: En fin, topó tu recato
con horma de tu zapato.
GABRIEL: Retira; acabemos ya.

Lee

"Por los papeles que os he usurpado, sé,
don Gabriel Manrique, parte de vuestros amores.
Quien temerosa de perderos os ha impedido el
viaje, mal os le consentirá celosa. El
cuarto de esta quinta que os detiene está
deshabitado, y imposible en él vuestra
salida mientras no juréis, con la seguridad
que los bien nacidos empeñan palabras, y
las firméis de vuestro nombre, no partiros
de nuestra corte sin licencia mía, no
revelar a persona estos secretos, y conjeturar por
señas cuál de las tres primeras
damas es la que en palacio os apetece amante.
Resolveos, o en el silencio de esa prisión
vengarme en vuestra muerte, o disponeros a las
dichas que os prometo, que por el riesgo que
publicadas corren, importa por ahora el secreto
que os fía quien desea hallaros tan
advertido como os ha visto valeroso. El cielo os
guarde."

(¿Pudo la imaginación Aparte
en novelas marañosas,
sutiles por ingeniosas,
deleitar la admiración
con más extraño suceso?)

Lee para sí otra vez

MONTOYA: Sepa yo esa cosicosa.
¿Es verso? ¿Es papel en prosa,
o anda en el aire tu seso?
¡Vive Cristo, que me apuran
los peligros que recelo!

*Légase a leer, y saca contra él don
GABRIEL la daga*

GABRIEL: ¡Loco, necio, vive el cielo...!

MONTOYA: ¡Ay! ¿Los encantados juran?

GABRIEL: ¡...si otra vez aquí te llegas...!

MONTOYA: ¿Para qué aprendí yo a leer?
Si nada tengo de ver,
más valiera estarme a ciegas.

GABRIEL: Retírate enhoramala.

MONTOYA: ¿Para ti solo que leas
dice el papel? Nunca creas
monja, mientras no regala,
por más ternezas que escriba.

GABRIEL: ("Y conjeturar por señas...") Aparte

MONTOYA: Las monjas son alhagüeñas;
mas si ésta no es donativa,
tripularla con desdén,
o acudir con cena y camas.

GABRIEL: ("...cuál es de las tres madamas Aparte
la que en casa os quiere bien...")

MONTOYA: Las dos dan; por Dios, que es tarde.
¿Ni cenado ni dormido?
¡Bueno va!

GABRIEL: ("...tan advertido...") Aparte

MONTOYA: ¿Es paulina?

GABRIEL: ("...el cielo os guarde." Aparte
¿Si será Beatriz la dama
de tanto artificio autora?
Mas no, que a Carlos adora.
¿Si es Clemencia? Mas no, que ama
a Enrique. ¿Si es Armesinda?
¡Despenadme, cielo santo!)

MONTOYA: ¡Miren si escampa el encanto!
¡Por Dios, que la flema es linda!

GABRIEL: (Pero séase quien fuere, Aparte
¿dejaréme yo morir
rebelde, por no admitir
leyes de quien bien me quiere?
No me manda este papel
que ame yo, sino que firme
ser secreto y no partirme;
pues ¿qué riesgo corro en él,

cuando por señas colija
quién es quien me hace dichoso?
Obedecerla es forzoso.

MONTOYA: ¡Mala noche y parir hija!
En fin, ¿no habemos de hablarnos
en toda esta encantación?

GABRIEL: (Respondo a satisfacción.) Aparte

*Pone el recado de escribir y una luz sobre un
bufete, y responde*

MONTOYA: Pues, paciencia y pasearnos.
¿Escribes? Eres discreto.
Embillétala, y verás
los regalos que tendrás;
un villancico o soneto
conquista diez mazapanes.
Dila que con la andadera
la enviarás flores y cera
para uno de los san Juanes;
que qué puntos calzar suele;
que si hay ataífor o caja,
que nos dé flor de borraja,
o, en fin, que nos bizcotele,
o que nos saque de aquí.

GABRIEL: ("Haré de mi dicha alarde Aparte
discreto y fiel. Dios me os guarde.
Don Gabriel.." Bueno está así.
Cierro, y no le sobrescribo
porque su nombre no sé.
Vuelvo al torno.)

*Pone el papel en el torno, y vuélvele con
otra luz*

MONTOYA: ¿No podré,
oh señor el más esquivo

del orbe para quien vive
contigo, ver un adarme
del dicho papel? ¿Matarme
quieres? ¿Qué es lo que te escribe
la soror encantatriz?

GABRIEL: (La esperanza y el temor,
con la lealtad y el amor,
desean, bella Beatriz,
que seáis vos de este empleo
el dueño, y no los seáis.
¿Qué he de hacer, cuando causáis
deseo contra deseo,
sino enloquecer confuso?

Aparte

Llaman por dentro al torno

MONTOYA: No está el tiempo para gracias.
Otra vez llaman. Deo gratias.

*Vuélvese el torno con luz y con un tabaque
grande y curioso lleno de comida; cúbrenle unos manteles,
y sobre ellos viene otro papel*

Sin respondernos, nos puso
un tabaque provisor.
¡Cuerpo de Dios! Don Gabriel,
¡qué bien que huele!

GABRIEL: Y sobre él
otro billete.

Levanta MONTOYA los manteles

MONTOYA: ¡Oh soror,
la más callada obradora
de cuantas amor registra!
¡Hágate el cielo ministra,
abadesa, correctora,

guardiana, archibispesa,
pontifista, preste Juana!

GABRIEL: "Leed para vos."

MONTOYA: ¡Oh humana
divina! Ponga la mesa.
Ésta es sopa, éste es capón,
éstos pichones, estotros
gazapos, niños o potros;
ternera ésta; ¡y qué sazón
para quien está en ayunas!
Como yo muy bien ternera.
El pomo con la contera;
ensalada y aceitunas,
con la fruta de sartén.
De tales encantamentos
vengan a dieces y a cientos,
per omnia saecula, amén.

GABRIEL: "Cumplid lo jurado; que en amaneciendo,
hallaréis desembarazada la salida; y
advertid que os va la cabeza en el secreto. Camas
hay en que reposéis lo que os han de
permitir --a lo que juzgo-- mis artificios; cuanto
más os desvelaren, más tendré
que agradeceros; aunque a participar vos mis
cuidados, no dormiréis mucho ni poco. El
cielo os guarde."

(¡Alto, discursos, dejad
de atormentar mi sentido;
obligado, agradecido
he de ser; cualquier beldad
de las tres puede dar pena
amorosa al mismo sol,
cuanto y más a un español
pobre y estraño en Lorena.)
Toma esa luz.

Aparte

MONTOYA: ¿Para qué?

GABRIEL: Trae todo eso.

MONTOYA: ¿A dónde vamos?

Si aquí encantados estamos,
y hay quien regalos nos dé,
¿no es mejor cenarlo aquí
que probar más aventuras?
¿Qué sabes tú si hay figuras
de Rufalda y Malgesí,
que nos lo quiten delante?
Que suele salir jayán
que se engulle un ganapán
con carga y todo.

GABRIEL: Ignorante,
calla y ven; que prevenida
nos tiene quien nos regala
cama y mesa en esa sala.

MONTOYA: Despachemos la comida
aquí, y entremos después.

GABRIEL: Acabemos.

MONTOYA: Si te encanta
qualque princesa o infanta,
llámate Partinuplés.

Vanse. Salen BEATRIZ y RICARDO

BEATRIZ: Hicístelo de suerte
que infinito tendré que agradecerte.
Los que te acompañaron,
en fin, ¿nada del caso sospecharon?

RICARDO: Al criado prendieron,
y donde los mandé le condujeron,
creyendo, a instancia mía,
que hacerle alguna burla pretendía.
No saben otra cosa.

BEATRIZ: La traza, si se logra, fue ingeniosa.

RICARDO: Los dos son mis criados,
valientes, pero poco aficionados
a hacer por conjeturas
discursos.

BEATRIZ: Mis recelos aseguras;
alguna vez, Ricardo,
satisfacerte este servicio aguardo.
Pártete a Italia agora,

donde el duque mi padre te mejora;
que el cargo que te ha dado
en Valencia del Po, cuyo condado
le toca por herencia,
seguro le tendrás con el agencia
que queda a cargo mío.

RICARDO: Di ti, señora, mis aumentos fío.

BEATRIZ: Guarda tú este secreto;
que otros más importantes te prometo.
Mas mira que es mi gusto
que hoy te ausentes.

RICARDO: Harélo por ser justo,
puesto que, aunque en Lorena
me quedara, el leal no desenfrena
la lengua, ni el respeto
osara yo perder a tu secreto.

BEATRIZ: Nunca yo le fiara
de ti, si tal desaire imaginara;
mas que te partas digo
en todo caso hoy; lleva contigo
los que te acompañaron.

RICARDO: Harélo así, no obstante que ignoraron
el fin de este suceso.

BEATRIZ: Escíbeme en llegando.

RICARDO: Tus pies beso.

Vase

BEATRIZ: Temeridades de amor,
¿qué intentáis con arrojaros
sin ojos a despeñaros
a los riesgos de mi honor?
Aficionóme el valor
de España, que en sus blasones
cifró todas las acciones
de un hombre cuyo sujeto
perdió gallardo el respeto
a todas mis presunciones.
Su memoria me desvela;

enamórame su gala;
Adonis le vi en la sala,
airoso Marte en la tela;
que se me ausente recela
mi libertad, que no es mía,
porque, enviando una espía
a informarse de quién es,
supo Ricardo después
que esta noche se partía.

Valíme del industrioso
modo de encerrarle aquí,
hallándose amor en mí,
como en otras, ingenioso.
Crece, porque está celoso,
el fuego que me acobarda;
de los papeles que guarda,
y curiosa le usurpé,
que adora en España sé
desdenes de una Gerarda.

No sé yo que cuerdo fuese
Carlos en traer consigo
a quien para su castigo
tantas ventajas le hiciese.
Justo fuera que temiese
tan grande competidor,
pues si a vistas sale amor,
y éste es ya mercaduría,
rústica el alma sería
que escogiese lo peor.

Salen CLEMENCIA y ARMESINDA

CLEMENCIA: Tus tristezas, Beatriz mía,
las fiestas nos desazonan;
tus bodas las ocasionan,
y tu ausencia las enfría;
apenas espiró el día
cuando te ausentó tu pena
de los ojos de Lorena;

será esta quinta, Beatriz,
más que la corte feliz
si en ella te hallas más buena.

ARMESINDA: Prima mía, tu belleza
trata al de Orlens con rigor,
si al principio de su amor
pagas gozos con tristeza;
Francia te intitula "alteza"
porque has de ser su consorte,
y, en fe de que eres el norte
por quien todos nos guiamos,
tristes la corte dejamos,
porque tú dejas la corte.
¿Qué tienes?

BEATRIZ: ¡Ay bella prima!
¡Ay Clemencia! No es tan grave
el mal, si el por qué se sabe,
cuando con causa lastima;
mis penas son un eni[g]ma
difícil de declarar;
acrecentando el pesar
que ocasionan las estrellas;
mi congoja influyen ellas,
mi consuelo es el llorar.

Pasar la imaginación
de libre al temerse ajena
dará motivo a mi pena,
materia a mi suspensión.
Tengo a Carlos afición,
y considero cuán justo
medra mi gusto en su gusto;
mas, pues he de ser su esposa,
tratemos en otra cosa
que divierta mi disgusto.

A mí me entretiene el dar,
como a otros el recibir;
ansí quiero desmentir
desvelos de mi pesar;
si me queréis alegrar,
honre, hermana, tu belleza

los diamantes de esta pieza,
y los de ésta, hermosa prima,
tu pecho; tendrán la estima
que les quita mi tristeza.

De las joyas que me dio
Carlos, éstas he escogido
para las dos.

*Da a CLEMENCIA una banda con una lazada de
diamantes, y a ARMESINDA una cruz de los mismos*

CLEMENCIA: Ofendido
las has, porque juzgo yo
que pueden formar querellas,
apartándolas de ti.

BEATRIZ: Mejores dueños las di.

ARMESINDA: No las he visto más bellas.

BEATRIZ: Trújolas Carlos de España.

CLEMENCIA: Nación en todo dichosa,
hasta en las piedras airosa.

BEATRIZ: Tal clima las acompaña.
Ponéoslas luego; estarán
ahora en su misma esfera.

Pónenselas

CLEMENCIA: Cuando su valor no fuera
tanto, si gusto te dan
enajenadas, por ti
toda estimación merecen.

BEATRIZ: Bizarramente os parecen.

ARMESINDA: Los duques vienen aquí.

Salen FELIPO, CARLOS y ENRIQUE

CARLOS: Desde que ganó el aplauso

común, habiendo salido
de la justa victorioso
y de parabienes rico,
no le he vuelto a ver, y estoy
recelándole peligros,
porque el valor extranjero
con gracias medra enemigos.

FELIPO: Perded, duque, esos cuidados;
que en Francia siempre han tenido
hidalgas estimaciones
extranjeros bien nacidos.
Yo le he enviado a buscar,
y no ha tanto que le vimos
honrar a España en Lorena,
a costa de sus vecinos,
que su falta os desazone.

ENRIQUE: Ya mis pesares retiro,
con la presencia olvidados
de las bellezas que he visto.

*Hácense cortesía caballeros y
damas*

FELIPO: Hijas, sobrina, quejosa
nuestra corte, el regocijo
podrá trocar en tristezas,
[.....-í-o.]
¿Por qué tan presto a Floralba?

BEATRIZ: Juzgo, señor, por prolijo
el tiempo que aquí no empleo;
críeme en estos retiros,
y no sé hallarme sin ellos.

CLEMENCIA: Como a madama seguimos,
y sin ella estamos solas,
fuerza el imitarla ha sido.

FELIPO: Los generosos en Francia,
por escusar el bullicio
de la confusión plebeya,
morán quintas y castillos;

en todo perfecto os hizo.

GABRIEL: Honra, señor, vueselencia
extranjeros; y yo estimo
más el favor que me hace,
y el estar en su servicio,
que las prendas que encarece
--y no tengo.

ENRIQUE: Vos sois digno
de la privanza con Carlos,
venturoso en elegirlos.

GABRIEL: Bésoos la mano mil veces.

ENRIQUE: Hemos de ser muy amigos.

GABRIEL: Muy vuestro esclavo, señor,
es sólo el nombre que admito.

Hablan aparte CARLOS y don GABRIEL

CARLOS: ¿Qué juzgas de mis empleos,
don Gabriel? ¿Qué del prodigio
de la belleza que adoro?
¿No es milagro?

GABRIEL: Es un hechizo
de voluntades, un cielo,
un sol, un fénix, un...

CARLOS: Dilo.

GABRIEL: ...un --¡ay amor que me abraso!--
querubín de este paraíso.

CARLOS: Mientras deidad no llames
a Clemencia, poco has dicho.

GABRIEL: ¿A quién, señor?

CARLOS: A Clemencia.

GABRIEL: ¿Y no a Beatriz?

CARLOS: Desatino;
vínose a la lengua el alma.
Si tiene en ella dominio,
¿cómo la desmentiré,
desmintiéndome a mí mismo?
Digna es Beatriz del imperio;
mas no debe hallarse digno

mi amor de sujeto tanto;
por eso a Clemencia elijo.

GABRIEL: (¡Pedidme albricias, deseos!)

Aparte

CARLOS: Por más que llamas resisto,
ni puedo, Gabriel, ni quiero
dar licencia a mi albedrío.
Clemencia ha de ser mi esposa,
yo su esclavo, tú mi amigo,
como no me disüadas
que la adore.

GABRIEL: Yo te sirvo.

CARLOS: Dilataré por ahora
mis bodas; de un rey soy hijo,
del que está reinando hermano;
de su poder participo;
perdone Beatriz.

Vase

GABRIEL: (Deseos,
a mi amor os habilito;
lealtad, ya os quitan estorbos;
alma, amad, que no os lo impido.

Aparte

Los ojos de cuando en cuando
ocupan en mí benignos
Clemencia y su prima bella;
sola Beatriz no ha querido
favorecerme con ellos.
Si señas sirven de indicios
a certidumbres dudosas,
y en Beatriz no las animo,
no es Beatriz quien bien me quiere.
¡Ay, pensamientos ambiguos!
Sin competencia de Carlos,
con mis temores compito.)

ENRIQUE: Un torneo hemos trazado
esta noche; mi padrino
habéis de ser, porque espero
que le mantendré lucido

será en belleza un prodigio.)

Vase

GABRIEL: (Esto está ya declarado.
¡Gracias a Dios que averiguo,
a pesar de obscuridades,
geroglíficos de Egipto!
¡Ay Beatriz, que he de perder
mi esperanza, agradecido
a favores no buscados,
mas, por cortés, admitidos!

Aparte

Pasa CLEMENCIA

Clemencia es ésta, ¡y aquélla
la cruz que de mi martirio
fue instrumento, y de Gerarda,
no diamantes, sino vidrios.
¿Qué es esto, sueños
despiertos?
¿Ojos, podré desmentiros?
¿Alma, podré recusaros?
¿Amor, podré reprimiros?)

A don GABRIEL

CLEMENCIA: Yo conozco, don Gabriel,
cierta dama que me ha dicho
que tiene el gusto español
después que en Francia os ha visto.

Vase

MONTOYA: (Bergamota es esta pera;
madura está, ¡vive Cristo!

Aparte

vaya con cáscara y todo;
que no has menester cuchillo.)

GABRIEL: (Yo estoy loco, yo lo sueño;
de mí propio me distingo;
no os doy crédito, ilusiones;
no os escucho, no os admito.

Aparte

*Pasa por delante de él BEATRIZ sin mirarle,
leyendo un papel*

Beatriz grave y desdeñosa
aun no me ha juzgado digno
objeto para sus ojos.
¡Qué imperiosos y qué esquivos!
Pero alentaos, esperanzas;
recobraos, amor perdido,
pues trae la firmeza al pecho
que idolatran mis suspiros.
De señora ha mejorado;
pasó al hermoso dominio
de un sol que rayos coronan,
de un cielo que hospeda signos.
De Gerarda fue; ofendíola
--como es mudable-- su olvido;
firmeza es, busco firmezas;
si en ellas me hiciese rico,
guarnezca constelación
del globo celeste el cinto
tachonado de oro eterno,
que al sol adorne el camino.
Leyendo un memorial pasa.)

Vase BEATRIZ

MONTOYA: Ésta es de casta de pinos;
rollo espetado y derecho
parece de pergamino.

GABRIEL: (Las demás me favorecen

Aparte

hablándome, ¡y aun no quiso
siquiera Beatriz mirarme!
Amor, si sois discursivo,
filosofead ingenioso.
¡Vive Dios, que hay escondido
en esto más de un misterio!
Problemas, ya soy Edipo.
¿De palabras favorables
las dos y humanas conmigo,
y Beatriz, toda severa,
con tal silencio? Este aviso
es examen de mi ingenio;
certidumbres sois, indicios;
las señas fueron no hacerlas;
cifras con cifras descifro.
Para deslumbrarme más,
las joyas ha repartido
en todas; y con no verme,
quiere que viva advertido
de lo que el secreto importa.
Esto es lo cierto, esto sigo;
amar por señas sin señas
sabrán los bien entendidos,
sirviéndoles yo de ejemplo.)
Vamos, Montoya.

MONTOYA: Bendito
el amo primero sea
que "Vamos, Montoya" dijo.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

*Salen FELIPO, leyendo en voz alta una carta,
CARLOS, ENRIQUE, BEATRIZ, y don GABRIEL*

FELIPO: "Duque primo; aunque con mi gusto y
permisión se partió mi hermano a
desposarse con Beatriz vuestra hija,
importa a mi servicio que por agora
se suspenda ese casamiento o se ejecute
con su hermana Clemencia. Yo estoy
viudo, Francia sin heredero, Beatriz
digna de más alta fortuna, vos propincuo
a nuestra sangre, y mi corona deseosa
de sujeto que la merezca. Considera
las mejoras que de esta acción se os
siguen, y la obligación que os corre
a cumplir lo que os ordeno. Yo el Rey"

Esto el rey nuestro señor
me escribe.

CARLOS: Fuerza ha de ser,
por no irritar su rigor,
sentir, al obedecer,
los malogros de mi amor.

No sin causa mis recelos
mis bodas apresuraban;
pues, profetas mis desvelos,
en calma pronosticaban
la tormenta de mis celos.

Deme Clemencia la mano,
si en tal pérdida merezco
el bien que con ella gano,
y sepa que le obedezco
el rey, mi señor y hermano.

ENRIQUE: Eso no, duque, eso no;
prendas que en el alma estimo
no he de enajenarlas yo;
mi sangre es real, vuestro primo
me llama Francia; no os dio
más acción naturaleza
que a mí, ni las majestades
ofenderán su grandeza;
amor, de las voluntades

es rey, si vos sois alteza;
Clemencia está agradecida
a mi voluntad, Clemencia
dirá, de vos ofendida,
que no es el amor herencia
que se ha de usurpar en vida.

CARLOS: Duque, yo a Beatriz adoro,
y a mi rey vivo sujeto;
su padre está aquí...

ENRIQUE: No ignoro
que pretendéis en secreto
mudanzas contra el decoro
que en su hermosura ofendéis,
y que al rey, a quien echáis
la culpa que vos tenéis,
no es mucho que obedezcáis,
si os manda lo que queréis.

Dueño soy de prometido
de Clemencia; mi fe labra
en ella amor más que olvido,
su padre me dio palabra
de su esposo; ésta le pido,
y ésta, cuando se me niegue,
buscará satisfacción
armada.

FELIPO: Duque, no os ciegue
sin discurso la pasión
tanto que a perderos llegue.

A Clemencia os ofrecí,
subordinando en mi rey
palabras que entonces di.

ENRIQUE: ¿Esa es nobleza? ¿Esa es ley?

No tiene dominio en mí
el rey de Francia; mi estado
sólo al César reconoce,
de Francia privilegiado.
Primero que Carlos goce
la prenda que me ha usurpado,
la venganza y el rigor
atajará inconvenientes;

mi agravio tiene valor,
poder y armas mis parientes,
celos fuerzas, y yo amor.

Vase

FELIPO: No sin causa está quejoso;
que es amante y ofendido.
Templarle será forzoso;
que va con razón sentido,
y es Enrique poderoso.

Vase

BEATRIZ: Muestras habéis, duque, dado
en la mudanza presente
de que sois cuerdo obediente,
pero poco enamorado.
El interés coronado
probar mi firmeza quiso,
pero ofendida os aviso
que es tanta la presunción
de mi altiva inclinación
que a mis pies sus lises piso.
Yo apetezco rendimientos,
finezas y voluntades,
no ambiciosas majestades
que amenazan escarmientos.
Yo penetro pensamientos
que honestáis con la apariencia
de la hipócrita obediencia
que conmigo os disculpó.
Yo conozco al rey, y yo
sé que adoráis a Clemencia.

*Llora mirando a CARLOS, vuelve luego la cabeza a
don GABRIEL, ríese y se va*

CARLOS: Gabriel, detenla, repara
que, corrido de ofenderla,
es un rayo cada perla
que contra mi amor dispara.
Cuando nunca adivinara
las mudanzas que no ignora,
quien tales hechizos llora
y así mis agravios juzga,
¿qué mucho que me reduzga,
si castigando enamora?
Mejórese mi cuidado;
alma, mudemos de estilo;
imagen soy de Perilo;
mi tormento me he labrado.
¡Ay cielos! Si enamorado
mi hermano ocasiona extremos,
alma, ¿cómo viviremos?
Ciego niño, pues sois dios,
estudiad palabras vos
con que la desenojemos.

Vase

GABRIEL: ¡Lágrimas a Carlos, cielos,
y al mismo tiempo con risa
mirándome quien me avisa
que hay gustos entre desvelos!
Beatriz llora, y me da celos,
Beatriz con risas provoca
mi esperanza, o cuerda o loca;
¿a quién creeremos, enojo,
a las perlas de sus ojos
o a la risa de su boca?
Llorando, a Carlos miró,
riyéndose, me asegura;
con llanto a Carlos conjura,
con risa mi fe alentó;
nunca en los ojos mintió

el amor cuando suspira;
que el engaño habla y no mira,
y aposenta la beldad
en los ojos su verdad,
en los labios su mentira.

Según esto, a Carlos dijo
verdades en que mostraba
pena porque la olvidaba;
que amor de la vista es hijo.
Según esto, ya colijo
que, en confusión tan precisa,
quien me desdeña me avisa;
¿quién vio jamás, ciego encanto,
los favores en el llanto,
los desdenes en la risa?

Pero si Beatriz no fuera
quien mi esperanza alentara,
ni con el duque llorara,
ni conmigo se riyera.
Llora porque considera
muerto a Carlos; no me espanto
si, aborreciéndole tanto
que sin vida desea verle,
las obsequias quiso hacerle
con el luto de su llanto.

Llore por él, si es castigo
de su leve voluntad;
que siempre es noble piedad
llorar por el enemigo.
Ríase Beatriz conmigo,
porque esperanzas pequeñas
medren con muestras risueñas
la fe que conservan viva;
que en ellas mi amor estriba,
pues tengo de amar por señas.

*Quédase suspenso y no repara en CLEMENCIA
que sale con un billete abierto*

CLEMENCIA: (¿En el suelo tal papel? Aparte

Poco le debe al cuidado
de quien perderle ha dejado
el español don Gabriel.

En el cuarto de mi hermana
le dejó el descuido en tierra;
si es ella quien me hace guerra,
saldréis, esperanza, vana.

¡Papel de tanta importancia
y con tan poca advertencia
que le olvida la imprudencia,
cuando cada circunstancia
de las que en él he leído
amenaza con agravios,
si le publican los labios,
a destierros del olvido!

¿Don Gabriel juramentado
a no partirse, y a amar
por señas que le han de dar,
mudo siempre su cuidado?

¿Y que lo firma, y que ofrece
alcanzar por conjeturas
cuál de las tres hermosuras
en palacio le enloquece?

¿Si será Beatriz? Mas no;
que ésta ya, toda arrogancia,
reina se sueña de Francia.
Pues no soy su autora yo.

Según esto, nadie ha sido
sino Armesinda quien quiere
que esperando desespere
el español. No ha tenido
hasta agora voluntad,
que yo sepa, a quien desvelos
deba de amor o de celos;
que éstos piden más edad.

Si es ella, pues, sutileza
notable abona su amor;
¿qué ha de hacer cuando mayor
quien niña con esto empieza?

Ahora bien, por señas quiere
desmentir publicidades;
prosigamos novedades
que no alcance quien las viere.

Aquí el español está.
¡Qué suspenso, qué elevado!
El primer enamorado
sin saber de quién será,
 porque si de tres es una
y no conoce a quién es,
mientras pretendiere a tres,
no vendrá a tener ninguna.)
¡Don Gabriel!

*Don GABRIEL vuelve como de una profunda
suspensión*

GABRIEL: ¿Señora mía?

CLEMENCIA: Retirado os han los ojos
contemplativos enojos
al alma; mas ¿qué sería
 que mereciese Lorena
ofreceros la ocasión
de tan tierna suspensión?

GABRIEL: Sabrosa fuera esa pena;
 mas ni yo la he merecido
ni, extraño aquí, me prometo
tanto bien.

CLEMENCIA: Siempre el secreto
es blasón de bien nacido.
 Habíanme dicho a mí
que una hermosa tiranía
blasonaba que os tenía
sin alma.

GABRIEL: ¿En Lorena?

CLEMENCIA: Sí,
 y que, aumentándoos suspiros,
entre apacible y cruel,
os obligó en un papel

a prometer no partiros
sin gusto suyo.

GABRIEL: (¡Ay cuidado! Aparte
Si señas buscando andáis,
ya las tenéis; ¿qué dudáis?)
¿Papel?

CLEMENCIA: Y en él empeñado
el valor que obliga a un hombre
de vuestra sangre y talento;
su fiador, un juramento,
y su firma vuestro nombre.

GABRIEL: (Probar quiere de la suerte Aparte
que cumplo el saber guardar
secretos; yo he de negar
las señas con que me advierte,
mientras más no se declara,
y a lo contrario me obliga.)
No sé, señora, qué diga
a mentira que es tan clara.
¿Yo papel, yo juramentos?
¿Yo empleo en esta ciudad?

CLEMENCIA: Pues lo negáis, escuchad;
oíd encarecimientos
que, de puro exagerados,
vuestro crédito recelan.

GABRIEL: Si a algún celoso desvelan,
gran señora, mis cuidados,
y intenta con ese ardid
perseguirme...

*CLEMENCIA muestra el papel que él
escribió*

CLEMENCIA: Don Gabriel,
vuestro es aqueste papel,
vuestra aquesta firma. Oíd.

"Ensoberbeciérame la dicha de tan no
esperado bien, si la experiencia de

mis pocos méritos no me avisara ser
más curiosidad de saber a lo que se
estiede el talento de los españoles
que empleos fuera de los límites de
sujeto tanto. Mas como quiera que sea,
mi señora, yo estoy dispuesto a
obedeceros en todo, y ansí desde hoy
viviré muy subordinado a vuestras
órdenes, jurando por la fe de caballero
de no ausentarme de esta corte sin
vuestro espreso gusto, de desvelar mis
sentidos hasta averiguar--como mandáis--
por señas cuál de las tres bellezas
superiores de esta casa me dispone a
tanta dicha, y de no comunicar con
viviente mercedes tan deudoras del
silencio, sujetándome al castigo
propuesto, si le profanare, y apercibiendo
desde aquí los ojos, en cuyo estudio haré
alarde de mi suerte. El cielo os guarde
para felicidades superiores, etc.
Don Gabriel Manrique."

Decid que no es vuestra ahora
la carta de obligación
que os tiene casi en prisión.

GABRIEL: Si habéis vos sido la autora
del examen que queréis
hacer de mi ingenio corto,
y yo la lengua reporto
con el recato que veis,
¿para qué más confusiones,
equivocando las señas
que entre esperanzas pequeñas
atormentan mis pasiones?
Vuecelencia ¿qué procura?
¿A qué propósito agora
leerme el papel, señora,
que os escribió mi ventura?
¿He yo acaso delinquido

contra lo que en él prometo?
¿Comuniqué su secreto,
loco de favorecido,
con persona que se alabe
que mi palabra rompí?
Desde el punto que seguí
al que vucelencia sabe,
favorable robador
de mi caudal --ya dichoso
por ser vos su dueño hermoso--
hasta agora, ¿en qué el valor
que profeso os ha ofendido?
¿He dicho yo la ocasión
de mi agradable prisión,
encerrado y detenido
en el cuarto cuyo adorno
sólo pudo vuestro ser?
¿Quién hay que pueda saber
lo de la sala y el torno,
la industria ingeniosa y nueva
de entregarme a mi criado,
el hospicio regalado,
de quien sois ilustre prueba,
los dos papeles discretos
al paso que misteriosos,
que me intiman amorosos
la guarda de estos secretos,
la afable serenidad
que, cuando libre salí,
en vuestro semblante vi,
y luego...?

CLEMENCIA: Tened, parad;
que vais confundiendo cosas
de algún frenesí compuestas.
¿Qué torno o salas son éstas?
¿Qué prisiones misteriosas?
¿Qué robador, qué criado?
Don Gabriel, ¿estáis en vos?

GABRIEL: No sé, señora, por Dios;
débolo de haber soñado.

Si secretos que sabéis
esos mismos estrañáis,
si tantas señas negáis,
y conmigo os ofendéis
 porque con vos me disculpo,
mucho os debe de importar
el verme desatinar.
Mi atrevida lengua culpo;
 no se trate más en esto.

CLEMENCIA: ¿Yo a vos dos papeles? Yo
 joyas robadas? ¿Quién vio
 frenesí tan manifiesto?

GABRIEL: Ilusión debió de ser.

CLEMENCIA: ¿Hacia qué parte de casa
 cae el cuarto donde pasa
 tanto engaño? ¿En qué mujer
 sospecháis que pudo haceros
 burlas que fingiendo estáis?

GABRIEL: Si a vos misma os preguntáis,
 podréis por mí responderos;
 que yo no oso declararlo.

CLEMENCIA: ¿Un torno decís que había
 en la sala que os tenía
 preso?

GABRIEL: Debí de soñarlo.

CLEMENCIA: Enseñad los dos papeles
 que esa dama os escribió.

GABRIEL: Señora...

CLEMENCIA: Mándooslo yo.

GABRIEL: Los bien nacidos son fieles.

 Mientras no tenga evidencia
de que vos la beldad fuistes
que estas cosas dispusistes,
bien podrá vuesa escelencia
 con mi muerte en su rigor
esperimentar aprietos,
mas no saber los secretos
que hacen prueba en mi valor.
 Morir honrado, eso sí;
manchar mi fama, eso no.

CLEMENCIA: ¿Y os persuadís a que yo
la dama encubierta fui
que quiso experimentar
con traza y modo tan nuevo
vuestro ingenio?

GABRIEL: No me atrevo,
por no ofenderos, a hablar.

CLEMENCIA: Acabad, no me enojéis;
éste es mi gusto; que intento
saber con qué fundamento
de los discursos que hacéis
la persona adivináis
que os obliga a amar por señas.

GABRIEL: No son, señora, pequeñas
las que en ese papel dais,
aunque me arriesgue a arrojarme
en tal golfo.

CLEMENCIA: ¿Queréis bien,
en fin, sin saber a quién?

GABRIEL: ¿De qué sirve examinarme
en cosas que vos sabéis,
y yo nunca he de deciros?

CLEMENCIA: ¡Que podáis vos persuadirlos
a que yo os amo! ¿No veis
que, siendo Enrique mi igual,
y vos extraño...?

Sale un PAJE

PAJE: Madama,
a vuestra escelencia llama
el duque mi señor.

Vase

CLEMENCIA: Mal
vuestras señas conjeturan;
examinadlas mejor.

A Carlos le debo amor;
los servicios me aseguran
de Enrique; estad advertido,
ya que os habéis empeñado,
en que no todo llamado
alcanza ser escogido,
y que ardides ingeniosos,
joyas poco defendidas,
prisiones favorecidas,
papeles dificultosos,
torno, salas y ocasiones
son exámenes discretos
de vuestro ingenio y secretos;
id averiguando acciones,
ya advertid, si imagináis
que de lo que ha sucedido
yo, Gabriel, la autora he sido,
que acertáis y no acertáis.

Vase

GABRIEL: ¿Cómo, si acierto, no acierto?

¡Válgate Dios por mujer!
Otra vez me vuelvo a ver
en el golfo y en el puerto;
otra vez confuso advierto
la paradoja importuna
de mi equívoca fortuna.
No hay que dudar; Clemencia es
la que es una de las tres,
y de las tres no es ninguna.
Acertar y no acertar
¿no es lo mismo? ¿De qué suerte
será posible que acierte
en lo que es forzoso errar?
Si por señas he de amar,
que Clemencia me ama es cierto.
¡Ay cielos! Sueño despierto,
pierdo cuanto estoy ganando,

soy lince y a oscuras ando,
y en fin acierto y no acierto.

Sale CARLOS

CARLOS: Gabriel, Beatriz celosa
merece por discreta, por hermosa,
ocupar mis desvelos
en tierna suspensión, no en darla celos.
Mas si a Clemencia miro,
olvidando a Beatriz, luego retiro
el primer pensamiento;
y de no darla el alma me arrepiento.
Inclíname Clemencia,
móvil de mis sentidos su presencia,
y, loco en este empleo,
de ella me aparto, y a su hermana veo,
que, volviendo a rendirme,
culpa mi poca fe de poco firme;
y, entre las dos perdido,
en círculo mi amor desvanecido,
de mis deseos esclavo,
vuelvo ciego a empezar por donde acabo.
¿Qué haré cuando navego
entre Escila y Caribdis?

GABRIEL: (Mal un ciego, Aparte
si no es que desvaría,
a otro ciego servirá de guía.)

CARLOS: ¿Qué dices?

GABRIEL: Que si adora
a tu Beatriz el rey y te enamora,
como dices, Clemencia,
sigas tu inclinación y su obediencia.

CARLOS: ¡Ay cielos, que te engañan
quimeras que mis penas enmarañan!
A instancia sólo mía
el desposorio estorba; mi porfía
y el amor que me tiene
hizo escribir la carta que previene

en mí nuevos desvelos.
¡Pluguiera a Dios que el rey me diera celos
con Beatriz, que a Clemencia
me obligara a olvidar su competencia!
Mira, español discreto,
amor sin competir pierde el afeto
con que se perficiona;
con celos sus quilates proporciona.
Si a Clemencia ama Enrique,
¿qué mucho que celoso sacrifique
mi gusto a sus deseos?
En lo fácil amor no logra empleos.
Beatriz no tiene amante
que en su favor feliz se me adelante;
por esto en su belleza,
con ser tanta, se engendra mi tibieza.
Pienso yo --y es sin duda--
que, si de objetos mi esperanza muda,
es porque en mi deseo,
sin ser difícil, a Beatriz poseo,
y que en otro empleada
Clemencia, cuanto más dificultada,
es más apetecida;
que amor con imposibles cobra vida.
Ven acá; haz una cosa,
y encenderásme tú en Beatriz hermosa;
dame con ella celos.

GABRIEL: ¿Qué dices, gran señor?

CARLOS: En ti los cielos
gracias depositaron,
Gabriel, que mis deseos envidiaron;
digno eres que compitas
con sujeto mayor.

GABRIEL: Desacreditas
tu discreción con eso.

CARLOS: Tú eres mi amigo fiel, yo estoy sin seso;
finge que, enamorado
de Beatriz, y en España potentado,
por verla te humillaste
a servirla, y tus prendas disfrazaste.

Si en mi amistad apoyas
la tuya, don Gabriel, daréte joyas
con que este engaño ostentes
y allanes, dadivoso, inconvenientes.
Reparte, desperdicia,
gasta Alejandro, colma la codicia
de avaros medianeros;
que las alas de amor son los dineros.
Doradas flechas tira;
yo apoyaré industrioso tu mentira.

GABRIEL: Vaya, pues tú lo quieres;
mas no formes de mí, cuando me vieres
por tu gusto empeñado,
quejas que den tormento a tu cuidado.

CARLOS: ¡No has de amarla de veras!

GABRIEL: No, que son mis lealtades verdaderas,
puesto que amor, que es loco,
acaba en mucho, aunque comience en poco.

CARLOS: Ven, que no me fiara
de ti si en tu lealtad no edificara
la máquina presente.
Tenga amor yo a Beatriz perfectamente;
que en tu amistad presumo
que si el azogue se resuelve en humo
después que el oro afina,
amor que con los celos se examina
sabrà, apartado de ellos,
en humo como azogue resolvellos.

GABRIEL: El que en azogues trata,
si no la vida, su salud maltrata;
pues tal vez le sucede
que con temblores de azogue quede,
y otro se lleve el oro.
Teme el riesgo, señor, que yo no ignoro;
pues dice un avisado
que es todo uno celoso y azogado.

Vanse. Sale ARMESINDA

ARMESINDA: El amor y la sospecha
nacieron en una casa;
ciego aquél, todo lo abrasa;
lince ésta, todo lo acecha.
Después que mal satisfecha
miro acciones
de este español, mis pasiones
conjeturan
que ausentes penas le apuran
la paciencia que retira
el alma. A solas suspira;
suspensiones le procuran
enajenar de beldades
que, usurpando voluntades,
materia dan a desvelos,
porque, sin amor y celos,
nadie busca soledades.
¿Hablando siempre entre sí
quien lances de amor ignora?
No es posible; luego adora.
¿Dónde, pues, si no es aquí?
Será en su patria --¡ay de mí!--.
¡Que entre engaños
lloran mis primeros años
competencias
que disfrazan apariencias
y, en tan riguroso extremo,
temiendo, no sé a quién temo!
Amo aquí y envidia ausencias
que ocultas muerte me den;
¿quién quiso hasta ahora bien
que a comparárame venga,
ni quién --¡cielos!-- hay que tenga
celos sin saber de quién?

Sale MONTTOYA

MONTTOYA: Cuanto sueño, cuanto miro
desde la noche pasada

se me antoja chimeneas,
guindaletas, tornos, trampas,
aventuras, estantiguas,
monjas, jayanes, fantasmas,
quintas, castillos, quimeras.
¡Válgate el diablo la casa!

ARMESINDA: (Éste sirve a don Gabriel Aparte
y, trayéndole de España,
sabrás quién es la belleza
que ausente tan mal le trata;
informarme de él pretendo.)

MONTOYA: Alrededor se me anda
cuanto topo, cuanto piso;
garatusas, musarañas
me parece cuanto veo.

ARMESINDA: ¡Hola!

MONTOYA: Vuescelencia añada
dos "eles" y una "a" al tal "ola",
vendréme a llamar "Olalla".

ARMESINDA: ¿A quién servís?

MONTOYA: Pues yo ¿sélo?
Cristiano soy por la gracia
de Dios; serviréle a él,
y después de Dios al papa
que en su iglesia vicariza,
y tras éste al rey de España,
hasta tener lamparones
que me cure el rey de Francia.
Luego a don Gabriel Manrique,
a quien en palacio embauca
un duende monjitornero,
que invisible nos regala.

ARMESINDA: Venid acá.

MONTOYA: Estoy venido.

ARMESINDA: ¿Sabréis decirme la causa
que tanto melancoliza
a vuestro dueño?

MONTOYA: ¿No basta
a entristecer cuatro bodas
una noche toledana,

un torno tras un torneo,
una maleta mamada,
una cena por tramoya,
tres billetes y dos camas?

ARMESINDA: ¿Qué decís, estáis en vos?

MONTOYA: Debo estar en Guatemala,
y mi dueño en Guatebuena;
despertadme vos, madama,
tirándome las narices.

ARMESINDA: (Éste es loco.) Aparte

MONTOYA: ¿Sois la infanta

Lindabrides, a lo Febo,
a lo amadisco, Oriana,
Gridonia, a lo Primaleón,
Micomicona, a lo Panza,
o a lo nuevo quijotil,
Dulcinea de la Mancha?
¿Qué desmesura vos puso
en tanta cuita? ¿Qué fadas,
qué Artús encantadero
tal ferrosura maltrata?
¿Quién vos fizo tuerto o vizco?
¡Mal haya el torno, malhaya
el sortijo de Brunelo,
si quien vos busca no os halla!
No os le volváis a la boca.

ARMESINDA: Hombre, ¿sabes con quién hablas?

MONTOYA: Con Angélica la bella,
tan bella como bellaca;
si no, dígalo Medoro,
aquel morisco sin barbas,
que diz que la fizo dueña
en una choza de paja.

ARMESINDA: Descortés, descomedido...

MONTOYA: Si se ensuegra, si enmadrastra
porque esta nigromancia
la trapeó lo que pasa,
oiga verdades tan puras
que no tienen pizca de agua,
porque, a tener media gota,

nunca yo se las contara.
¡Vive Dios, que está mi seso
con todas las zarandajas
de cuerdo a prueba de brujos,
que nos hacen garambainas!
Va de cuento; mi señor
--después de las alabanzas
que en el sarao y torneo
le dieron duques y daifas--,
sin comunicar conmigo
secretos --que me los guarda,
no sé yo con qué conciencia,
siendo toda su privanza--,
sin chistárselo a persona,
de noche ensillar me manda
y, dejando estos países,
iba a enfardelar a Holanda.
Brindóle el sueño dos millas
de esta selva encantusada,
que a esta quinta --o a esta sexta--
sirve de sombra o guirnalda;
y, apeándose en su centro,
mientras convida a ensalada
a nuestro frisón la yerba,
perejil de la cebada,
recostado en el cojín
y yo dormido en estatua,
--quiero decir, como grullo--,
la luna entre yema y clara
le hurta un hombre la maleta.
Corre en su alcance, la espada
"en puribus", por el bosque;
y yo, abriendo las pestañas,
oigo cuitas del rocín,
cuarteado de dos maulas.
Quise desfacer el tuerto,
pero por detrás me agarran
dos Galalones monsiures;
ojos y boca me embargan
y, sin decir chus ni mus,

las manos a las espaldas,
en la silla atado el cuerpo,
y en Sansueña presa el alma,
a oscuras corro la posta,
hasta que después me abajan,
luego a un tejado me suben
y, al cabo de esto, me envainan
por un esmeril de yeso,
guindándome hasta una sala,
sin haberse otra vez visto
lacayo por cerbatana.

Conocímonos a ciegas
mi dueño y yo, y a mi instancia,
desencordelado el cuerpo,
las lumbreras me destapa;
pero entrambos tan a oscuras
como antes, porque la cuadra,
avarienta de un candil,
sin luz nos desatinaba.

Alternábamos a versos
él y yo nuestras desgracias,
con temor de otras peores,
y hétele que a un torno llama
no sé quién; fuimos a tienta
y, respondiendo "Deo gratias",
se nos vuelve el bofetón
y, sin hablarnos palabra,
nos presenta dos bujías
encendidas y una carta,
con papel, pluma y tintero.

Mi dueño de mí se aparta;
leyó para sí el billete;
treinta veces le repasa,
santiguando el frontispicio;
pregúntole el por qué, y calla;
mas, respondiendo con otro,
vuelve la atahona, y halla
tercer billete, y con él
una pródiga canasta
de potable y comestible.

Gozamos de la abundancia
y, acostándonos repletos
en dos magníficas camas,
despertamos a las trece,
hallamos la puerta franca
y, atravesando salones,
dignos todos de un patriarca,
nos hallamos a la vista
de tres duques, tres madamas
y tres mil encantamientos.
Esto, en suma, es lo que pasa,
y lo que yo alcanzar pude;
juzgue ahora, siendo alcalda,
si es maravilla que crea
que de Medusas y Urgandas
está este palacio lleno,
y que alguna nigromanta
enmaga con su hermosura
a cuantos viven en casa.

ARMESINDA: A no teneros por loco
y juzgar que disparatan
vuestros discursos enfermos,
no sé lo que maliciara
de todas esas quimeras.

MONTOYA: Voto a toda una semana
de fiestas y de domingos,
aunque entre en ellos la pascua,
que es lo que digo tan cierto
como que hay bellezas calvas
que se solapan con moños,
que hay títulos con mohatras,
que hay doncelleces con hijos,
que hay tintoreros de barbas,
y que hay dientes de alquiler
que se mudan.

ARMESINDA: Basta, basta.
En fin, ¿a vos os trajeron
a un cuarto de nuestra casa
y a vuestro señor también,
por engaño?

MONTOYA: Por fayancas
nocturnas y encantatrices.

ARMESINDA: Pues ¿qué hizo entonces la espada
de vuestro dueño que, ociosa,
de dos hombres no os libraba,
siendo español tan valiente?

MONTOYA: Pues contra encantos ¿hay armas
que defiendan a un Golías?
Cuando se le antoja, saca
un libro enano del seno
el nigromanto o la maga
y, en leyendo dos renglones,
a pares los grifos bajan
que desmayan Palmerines,
y los llevan en volandas
a la isla de las lechuzas.
Poco sabe de las chanzas
de un Fristón encantador
contra príncipes de Jauja.

ARMESINDA: ¿Torno la pieza tenía?

MONTOYA: Mantenía y torneaba,
pues a las tres torneaduras
cena nos dio torneada.

ARMESINDA: ¿Y no sabéis, en efeto,
lo que contienen las cartas
o papeles?

MONTOYA: Pretendiólo;
pero, sacando la daga
contra mí --mal le conoce--,
me echó mucho en hora mala;
que para vuesa escelencia
no hay secreto de importancia
que le reserve mi boca.

ARMESINDA: Cosas me contáis estrañas.
Recibid esta cadena.

MONTOYA: ¿Para qué?

ARMESINDA: Para trocarla
por un secreto que intento
fiaros.

MONTOYA: ¿Cadena? ¡Guarda!

Non fago yo esas sandeces.

ARMESINDA: ¿Por qué?

MONTOYA: Temo, siendo maula,
que en carbón me la conviertan
los duendes de esta posada.

ARMESINDA: Bueno está ya de locuras;
acabad.

MONTOYA: Tómola. Vaya
de interrogación ahora.

ARMESINDA: ¿A quién, decid, en España
tuvo don Gabriel amor?

MONTOYA: Una ninfa toledana
sospechamos que le puso
tal vez silla y tal albarda
los que andábamos con él.

ARMESINDA: ¿Que lo sospechaste?

MONTOYA: Guarda
mi señor tanto secreto
que, con darnos leche un ama
y fiarme la despensa,
no me fía una palabra.
Pero como amor es niño,
y los niños nunca callan,
sacamos por los gorjeos
quién es a quien dice "mama".

ARMESINDA: Y ¿quién era la dichosa?

MONTOYA: Era y es una Gerarda,
digna de todo un cabildo
de Píramos.

ARMESINDA: ¿Muy bizarra?

MONTOYA: Tan bizarra y gentil hembra
que, a no ser desmantelada,
con guarniciones de fría
entre desaires de larga
y presunciones de boba,
pudiera ser archidama.

ARMESINDA: Pintámela, si sabéis.

MONTOYA: Va de pintura en estampa.
Semirubia de cabellos,
frente desembarazada,

cejas buenas, ojinegra
--ya no se usan ojizarcas--,
puesto que eran más ojetes
que ojales las luminarias,
por lo pequeño y redondo,
que en las fermosas se rasgan.
Las mejillas, por extremo,
ni bien mármol ni bien grana,
mezcla sí de las dos sierras,
la Bermeja y la Nevada.
En proporción las narices,
ni judaizantes ni chatas,
ni nabo por corpulentas,
ni alezna por afiladas.
Buenos labios, malos dientes,
porque, aunque era su tez blanca,
a caballo unos sobre otros,
tanti-cuanti moriscaban.
La garganta, cuelli-erguida,
cándida, gruesa, torneada,
y tal que hiciera yo un Judas,
a haber saúcos gargantas.
Las manos, no hay que pedir
en ellas porque no daban,
puesto que ambas recibían,
y eran muy hermosas ambas.
Privilegiado de cuartos
el tallazo; más avara
en las obras que en el cuerpo...
Lo demás, el argonauta
de tal golfo que le pinte,
si hay quien tenga dicha tanta
que mida con la esperiencia
los grados del dicho mapa.

ARMESINDA: ¿Quiso a vuestro dueño mucho?

MONTOYA: Quiso a muchos; que mudaba,
como si fueran camisas,
tres a tres cada semana.

ARMESINDA: ¡Válgame Dios! ¿Mujer noble,
y tan fácil?

MONTOYA: Por Dios...

ARMESINDA: Ahora bien, yo quedo
satisfecha y informada
--aunque en confuso-- de cosas
que os han de ser de importancia,
si sabéis guardar la lengua.

MONTOYA: ¿A mí?

ARMESINDA: A vos. No digáis nada
de lo que vos me habéis dicho
a vuestro dueño.

MONTOYA: Me tapa
los labios esta cadena.
Vuecelencia, pues es sabia,
calle también y averigüe;
porque si mi amo alcanza
que me deslicé, no doy
por mi vida una castaña.

Vase

ARMESINDA: Amor, ¿qué es esto que oís?

¿Quién, decid, os dificulta?
¿Quién, competidora oculta,
celos os da y los sufrís?
Si con ellos presumís
crecer, crecerá la pena
que esperanzas enajena,
pues temo --¡congoja estraña!--
una enemiga en España,
y otra invisible en Lorena.

Aquella ausente me abrasa,
ésta presente me enciende;
pero --¡ay Dios!-- que más ofende
el enemigo de casa.

Con Carlos Beatriz se casa,
porque en él logra su amor,
aunque un rey competidor
se le opone, que no estima;
luego no es Beatriz mi prima

quien motiva mi temor.

Clemencia de esta quimera
la autora ha venido a ser,
porque con menos poder
¿quién a tanto se atreviera?
Sospechas, echemos fuera
temores, y averigüemos
sutilezas que estorbemos
con industrias que opongamos;
y, porque las consigamos,
las suyas desbaratemos.

*Salen FELIPO, CARLOS, ENRIQUE, don GABRIEL, BEATRIZ
y CLEMENCIA*

BEATRIZ: Vuestra escelencia, señor,
no ha de usar hoy de la ley
de padre conmigo; el rey
logre en iguales su amor;
 que esta vez yo he de lograr
las de mi libre albedrío.
No apetezco señorío
que, a título de reinar,
 imperioso me lastime
y me ame con presunción;
hecha tengo la elección
de quien templado me estime,
 y no ofenda mi respeto.
Amor busco, no poder;
esto, señor, ha de ser;
entiéndame el más discreto.

Vase

CARLOS: (Por mí lo dijo. ¿Hay amor Aparte
semejante? Adoraréla;
por mi sol respetaréla,
por la firmeza mayor

que jamás vio el interés.
Mi mudanza ha sido loca.
Voy a que estampe en mi boca
los vestigios de sus pies.)

Vase

ENRIQUE: (¿Mas si madama Beatriz, Aparte
castigando la mudanza
de Carlos, me da esperanza
de ser mi dueño? ¡Feliz
trueco, si en él me prometo
tal dicha! Voy a saber
si, llegándola a entender,
vengo a ser el más discreto.)

Vase

FELIPO: (¡Que un rey desprecie por Carlos! Aparte
Pero sí, que en sus empleos
su amor empeñó deseos
y siente en mí el malograrlos.
El rey es prudente y justo;
ni yo me atrevo a intentar
que se case a su pesar,
ni él querrá mujer sin gusto.)

Vase

GABRIEL: (Estas señas interpreto, Aparte
aunque loco, en mi favor;
permitidme agora, amor,
presumirme el más discreto.
¿Risa ayer, cuando lloraba
con Carlos, y enigmas hoy?
Mas si de Clemencia soy,
si no ha media hora que acaba

de darme señas escritas,
¿qué intentas, soberbia vana?
A Carlos quiere su hermana;
¿para qué me precipitas?
¿Cuándo, amor, me has de sacar
de tanto golfo crüel?)

*CLEMENCIA pasa junto a él disimulada, y le
habla aparte*

CLEMENCIA: ¿Qué tal os va, don Gabriel,
de acertar y no acertar?

GABRIEL: Mal, pues cuando conjeturan
discursos que me atormentan,
hallo señas que desmientan
las señas que me aseguran.

Ríense de un ignorante,
gran señora, como yo...

*Disimuladamente deja ella caer un guante en el
suelo, y levántale él*

Mire que se le cayó
a vueselencia este guante.

CLEMENCIA lo toma desdeñosa

CLEMENCIA: ¿Qué decís?

GABRIEL: Se le ha caído,
y, alzándole yo, pretendo
con él...

CLEMENCIA: O yo no os entiendo,
o vos no sois entendido.

Vase

GABRIEL: (¡Gracias a Dios, experiencia, Aparte
que de dudas me sacáis!
¿Para qué filosofáis,
temores, en la evidencia?
Esto está ya averiguado.)

*ARMESINDA se dirige a don GABRIEL, como que va a
entrarse*

ARMESINDA: La toledana es hermosa,
puesto que ni muy airosa,
ni muy firme; hanme agradado
 las joyas, pero no el brío
ni el alma de la Gerarda;
que, aunque en el alma gallarda,
hiela a España por lo frío.
 Tiene partes escelentes,
puesto que la gracia es poca,
que es gran defecto en la boca
tan mal avenidos dientes.
 Lo que yo afirmaros puedo,
que en el aliño y adorno
puede obligar la del torno
a olvidar la de Toledo.

Vase

GABRIEL: ¿Señas nuevas? ¡Vive Dios,
que se han las tres concertado
a enloquecerme! Cuidado,
si, confuso entre las dos,
 quieres que el seso las rinda,
con tres ¿qué hará mi paciencia?
¿Señas Beatriz y Clemencia?
¿Señas también Armesinda?
 Burlarme intenta cada una;
solución del enigma es,
pues son mis damas las tres,

y de las tres no es ninguna.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen CLEMENCIA y ENRIQUE

CLEMENCIA: Mi hermana me dijo a mí
que, interpretando razones
de contrarias intenciones,
la amáis.

ENRIQUE: Es, señora, así;
que, como Carlos procura
con cartas, más negociadas
que por el rey deseadas,
desbaratar mi ventura
y no lo repugnáis vos,
hallo en vuestro desengaño
el remedio de mi daño;
y, compitiendo los dos,
me parece que es prudencia
--antes que en celos me ofusque--
que en madama Beatriz busque
lo que peligró en Clemencia.

CLEMENCIA: Cuando él, duque, os compitiera
y entrada en mi pecho hallara
que el paso os dificultara,
¿mejor salida no fuera
--a ser amante de ley--
sus ardides desmentir
que por Beatriz competir
con un infante y un rey?
Confesarlo así es forzoso.

En efeto, hacéis alarde
de ser el primer cobarde
que se retira celoso;
 aunque os tendréis por feliz
si en tan loca competencia
sois tímido por Clemencia
y animoso por Beatriz.

ENRIQUE: Cuando yo no interesara
 más medras de mis intentos
 que el causaros sentimientos
 con que mi amor se repara,
 fue ardid, señora, discreto
fingir haceros agravios;
que tal vez suelen ser sabios
los celos. Mostré, en efeto,
 que a vuestra hermana servía,
y fue admirable mi aviso,
pues mi amor por su orden quiso
probar lo que en vos tenía.

 Ya que lo sé, a vuestros pies,
 dándoos gracias, perdón pido;
sosegad vos mi sentido,
porque os ame más después.

 ¿De veras que no estimáis
a Carlos? ¿Que os resistís?
 ¿Que en fin, cuando me admitís,
sois mujer y no os mudáis?

CLEMENCIA: Mi inclinación no consiente
 mudanzas; que la firmeza
 es en mí naturaleza,
si en las otras accidente.

 Yo quise desde el instante
que di principio al querer
a quien mi esposo he de ser,
y nunca mudé de amante.

 Carlos --desvanezca o no
promesas a su cuidado--
persona trae a su lado
que en mi pecho despertó
 desvelos de más momento.

ENRIQUE: ¿Cómo es eso?

CLEMENCIA: ¿Qué teméis?

A don Gabriel le debéis
amistades, que si os cuento,
dudaréis satisfacerlas
en llegando a ponderarlas;
el principio de pagarlas
es, duque, el agradecerlas.

Haceldo así; que él ha sido
a quien fe mi pecho da.

ENRIQUE: ¿A don Gabriel?

CLEMENCIA: El será,
si me entiende, preferido
a muchos...Quiero decir,
en materia de consejos.

ENRIQUE: Estaba de eso tan lejos,
viéndole a Carlos servir,
que, aunque me lo certifique
vuestro crédito, y sea así...

CLEMENCIA: Cada cual hace por sí
antes que por otro, Enrique.

ENRIQUE: Pues él en eso ¿qué hace
por sí? ¿Qué es lo que medró?

CLEMENCIA: ¿No es el amigo otro yo
que a dos almas satisface
con sola una voluntad,
si a un mismo fin se encamina?

ENRIQUE: Así es bien que se difina
el amigo.

CLEMENCIA: Y su amistad
¿no puede ser tal con vos
que se verifique en él
tal fineza?

ENRIQUE: ¿Don Gabriel
contra su dueño? Por Dios,
que ha de quedar asombrado
quien tal imposible oyere.

CLEMENCIA: Cuanto más por vos hiciere,
os tendrá más obligado.

ENRIQUE: Poco abona su opinión

quien esa cuenta da de ella.

CLEMENCIA: Como por eso atropella,
si es viva, una inclinación.

Esperimentad la mía,
disculpando a don Gabriel,
que yo os juro que por él
dejara una monarquía.

ENRIQUE: ¿Cómo por él?

CLEMENCIA: Pues ¿no dejo
la herencia casi de Francia
con el de Orliens, a su instancia?
Inclínome a su consejo,
de suerte, duque, os prometo,
que toda mi libertad
pende de su voluntad.

ENRIQUE: El español es discreto,
y si yo alcanzo por él
que os inclinéis a mi amor,
le seré eterno deudor.

CLEMENCIA: Id, Enrique, hablad con él;
esperimentad verdades
que antes de mucho admiréis;
solicítadle, y veréis
prodigios entre amistades,
que no poco han de importaros.
Decid que siga la traza
que amor y su ingenio enlaza;
que alguna vez saldrán claros
los cielos, hasta aquí oscuros,
pues para los animosos
principios dificultosos
prometen fines seguros;
y que esto le aviso yo
para vuestro buen suceso.

ENRIQUE: Pues ¿no sabré yo algo de eso?

CLEMENCIA: Por agora, Enrique, no.

ENRIQUE: Pues ¿es razón que el tercero
alcance más que el amante?

CLEMENCIA: El medio que es importante
para los fines que espero,

con vos me requiere muda,
y toda lenguas con él.
Si os regís por don Gabriel,
presto saldréis de esa duda;
que hemos dispuesto los dos
cierta traza sin testigos,
con que quedéis muy amigos
mi padre, Carlos y vos.

Sólo este fin me reporta
en los labios el secreto;
vos veréis, duque, en efeto,
lo que a los dos nos importa.

ENRIQUE: Alto; si por don Gabriel
se han de allanar competencias,
voy a alentar sus agencias.

CLEMENCIA: Nuestro amor estriba en él.
Diréisle, pues le confío
que os industrie y aconseje,
que por señas no lo deje,
pues hartas con vos le envío.

ENRIQUE: Obedecer y callar.
Voy.

CLEMENCIA: ¿Oís? y que en los dos
sabrás aquello, yendo vos,
de acertar y no acertar.

Vase ENRIQUE

CLEMENCIA: Confuso parte, No es mucho
que, si imita mis acciones,
participe confusiones,
cuando yo con tantas lucho.

Si señas tienen de ser
del gallardo español prueba,
señas Enrique le lleva
con que me pueda entender.

¿Qué modo hallara yo agora
para sosegar desvelos
y conocer de mis celos

la oculta competidora?

Si yo conociese el dueño
que inadvertida perdió
el papel que ocasionó
los riesgos en que me empeño,
facilitara el cuidado
que confusa dificulto;
porque el enemigo oculto
más daña que el declarado.

Ahora bien, aquí le hallé;
vuélvole al mismo lugar;
que escondida he de sacar
quién la perdidosa fue.

Echa el papel en el suelo

Dudo en mi hermana y mi prima,
si bien con más fundamento
en la segunda; mi intento
a nuevas cosas me anima.

Cualquiera que pase de ellas,
en viéndole le ha de alzar;
y, si le perdió, ha de dar
muestras de gusto, y por ellas
quedaré informada yo.

Las dos estaban agora
en esa cuadra; no ignora
trazas quien celosa amó.

Sale FELIPO

FELIPO: Clemencia, de tu elección
pende la paz de mi estado;
palabra a Enrique le he dado;
Carlos te tiene afición;
ama a Beatriz el de Francia;
ya tú sabes su poder;
consultar es menester

cosas de tanta importancia.

De tu entendimiento fío
riesgos que a tu arbitrio dejo.

CLEMENCIA: En el tuyo mi consejo,
siendo tuyo, será mío.

FELIPO: Ven, y estudiemos los dos
lo que se ha de hacer en esto.

CLEMENCIA: (¿Hay estorbo más molesto Aparte
que el presente? Ciego dios,
mal podréis averiguar
quién es mi competidora,
si dejo el papel agora
y me obligan a ausentar.
¿Alzaréle? Pero no;
que si mi padre lo ve,
el crédito arriesgaré
que mi recato ganó.
¿Qué he de hacer? Poco dichosa
soy en amores.

FELIPO: ¿No vienes?

CLEMENCIA: Sí, señor.

FELIPO: Discreción tienes,
que es milagro, siendo hermosa;
busquemos los dos salida
a confusión tan crüel.

CLEMENCIA: (Volveos a perder, papel; Aparte
que más que vos voy perdida.)

Vanse. Sale BEATRIZ

BEATRIZ: Perdíle y, sin él confusa,
desvanezco mi sentido.
¿Si acaso se me ha caído
por aquí? No tiene excusa
mi descuido. Echéle menos
agora; guardéle aquí.

Señalando la manga

No sé cuándo le perdí;
sé mi desgracia a lo menos.
¿Si le halló mi padre? ¡Cielos!
¿Si alcanzó a saber por él,
con riesgo de don Gabriel,
mi osadía y sus desvelos?
Negaré disimulada,
aunque la vida me cueste.
Mas ¡válgame Dios! ¿No es éste?

Álzale

¡Ay prenda tan mal guardada
cuanto con gusto adquirida!
No saldréis más de mi pecho.
¡Qué de agravios que os he hecho!
Vos seáis bien parecida.
Cuando agora por aquí
con Armesinda pasé,
se me cayó; ya podré,
temores, volver en mí.

*Salen CARLOS y don GABRIEL. Hablan aparte a la
puerta*

CARLOS: Yo sé que, dándome celos,
la he de volver a adorar.

GABRIEL: Tu extraño modo de amar
tendrá pocos paralelos.

CARLOS: Gabriel, madama está aquí.

GABRIEL: Comencemos tu quimera;
yo la llevo a hablar.

CARLOS: Espera;
déjame primero a mí
que con ella te introduzca
en España poderoso,
y que me muestre celoso

porque a tu amor se reduzga,
y tú después llegarás.

GABRIEL: Voyme, pues.

CARLOS: Ve y vuelve luego.

GABRIEL: Más que el amor eres ciego.

CARLOS: ¿Qué quieres? No puedo más.

Vase don GABRIEL

CARLOS: Madama, si os desobligo
y a vuestra hermana pretendo,
es porque ofendido entiendo
que truje mi mal conmigo.
Quiero de suerte a un amigo,
y queréisle tanto vos,
que, puesto que sabe Dios
lo que me cuesta olvidaros,
no os he he amar, por amaros
y daros gusto a los dos.

BEATRIZ: Duque, ¿qué decís? Volved
por vuestro seso y por mí;
no os precipitéis ansí,
y en más mi opinión tened.
Vuestra mudanza ofended,
pero no, Carlos, mi fama.
¿Qué amigo es ése?

CARLOS: Madama,
no disimuléis conmigo;
[.....-igo]
y él correspondiente os ama.
Pródigo intento y cortés
lograr con él una hazaña;
tendrá que envidiar España
desde hoy el valor francés.

BEATRIZ: Acabemos ya; ¿quién es
sujeto tan ponderado?

CARLOS: Duque que a Castilla ha dado
sangre real; duque, en efeto,
de Nájara, que en secreto

es mi igual y es mi criado.

BEATRIZ: ¡Válgame Dios! ¿Don Gabriel
es duque? ¿Es tan gran señor?

CARLOS: En los ojos vuestro amor
os lleva el alma tras él.

BEATRIZ: A lo menos, si es más fiel
que vos y menos mudable,
fuera ingratitud culpable
no amarle, cual presumís;
mas vos ¿de qué colegís
defecto en mí tan notable?

CARLOS: (Mintamos un poco, amor; Aparte
que va hallando esta quimera
más celos que yo quisiera.)
Fiado de mi valor,
hasta el mínimo favor
me comunica.

BEATRIZ: En efeto,
¿no hay entre los dos secreto?

CARLOS: A persuadirme se anima
que fue por él el enigma
de "entiéndame el más discreto."
Presentóme por testigo
del amor que le mostráis
señas que disimuláis,
y él conjetura conmigo.
Si algunas de éstas os digo,
ya graves y ya risueñas...

BEATRIZ: Duque, ¿qué decís de señas?

CARLOS: Señas le apuran el seso.

BEATRIZ: Pues él ¿alábase de eso?

CARLOS: (Mentira, en mucho me empeñas.) Aparte

BEATRIZ: ¿Señas os ha dicho a vos
que en mí alientan su esperanza?

CARLOS: La amistad todo lo alcanza,
y es mucha la de los dos.

BEATRIZ: ¿Yo señas? (¡Válgame Dios! Aparte
En hombre que es tan perfeto
¿puede haber tal defeto?)

CARLOS: Por él, en fin, determino

que mude mi amor camino;
tanto su amistad respeto.

BEATRIZ: Sois vos todo gentilezas
que él os podrá agradecer,
mas no yo, pues llevo a ver
mi agravio en vuestras finezas.
¡Ay cielos! Si da en flaquezas
como ésas, presumirá
señas que dicho os habrá.

CARLOS: Muchas me contó, aunque oscuras,
y por esto no seguras,
que averiguando en vos va.

BEATRIZ: ¿Muchas y oscuras decís?

CARLOS: Todo su pecho me fía.

BEATRIZ: (¿Qué escucháis, desdicha mía? Aparte
Necias industrias, ¿qué oís?)

CARLOS: Parece que lo sentís
como ofendida.

BEATRIZ: ¿Qué mucho,
si mis desdoras escucho
en quien así os engañó?

CARLOS: O le amáis, madama, o no.

BEATRIZ: (¡Con qué de congojas luchó!) Aparte
En fin, ¿es duque?

CARLOS: Y marqués
de Aguilar.

BEATRIZ: No sé qué hiciera
de mi libertad, si fuera,
en vez de español, francés.

CARLOS: (Alto, celoso interés, Aparte
ya os hizo mi amor lugar.)

BEATRIZ: Pero podréisle afirmar
que alcanzara ventajoso
suertes que merece airoso,
y pierde por no callar.

Vase

CARLOS: Buscaban celos mis daños

que a mi amor diesen desvelos
y, andando a caza de celos,
encontré con desengaños.
El que por medios estraños
en nuevos riesgos se arroja,
cuando coja
el fruto que yo cogí,
échese la culpa a sí;
porque siempre el que se ofusca
en peligros que aborrece,
si desdichas apetece,
halla más de las que busca.

Vase. Salen FELIPO y ARMESINDA

FELIPO: Esto es lo consultado
por Clemencia, y de ti tiene cuidado
de suerte que te estima
con afectos de hermana más que prima.
Condesa de Bles eres;
si al duque Enrique por esposa adquieres,
y yo le persüado
que, olvidando a Clemencia, trueque estado
y amor en ti, podemos
mudar en paces guerras que tememos.

ARMESINDA: Señor, en vueselencia
libré, muertos mis padres, la obediencia
que a ellos les debía;
mi voluntad es tuya más que mía;
mas cosas de ese porte,
no es justo que la prisa las acorte.
Consúltelas despacio,
pues sobran consejeros en palacio,
que mirarán prudentes
si se atajan con eso inconvenientes;
y yo del mismo modo
entretanto veré si me acomodo
a disponer deseos
tan libres en mi edad de esos empleos.

FELIPO: Tu discreción, sobrina,
merece admiración por peregrina.
Yo voy a consultarlos;
tú eres la paz del rey, de Enrique y Carlos.

Vase

ARMESINDA: Examine voluntades
y haga Felipo experiencia,
entretanto que en Clemencia
mis celos sacan verdades
si quiere al español más
que obedecer a mi tío;
que después, pues no soy río,
bien puedo volverme atrás.

Sale BEATRIZ sin ver a ARMESINDA

BEATRIZ: ¿Es posible que tan grave,
tan cuerdo, tan ententido,
tan discreto y bien nacido
--cuando lo que importa sabe--
duque don Gabriel Manrique
el secreto encomendado
y en fe de noble jurado
con Carlos le comunique?
No, sospechas, no lo creo;
miente Carlos; conjeturas
serán las que, mal seguras,
--porque mude de deseo--
le inquietan la voluntad.
Como en mis ojos ha visto
lo que en la lengua resisto,
querrá sacar la verdad
con mentiras que le impone.
Anda el español buscando
las señas con que le mando
que sus dichas ocasione;

ocupa, cuando le asisto,
los ojos y el alma en mí;
y saca Carlos de aquí,
porque a los dos nos ha visto
con descuido cuidadoso,
celos de causas pequeñas.
Mas ¡decir lo de las señas!
Aquí el culparle es forzoso.
Lo mismo que acuso abono;
y, entre el sí y el no confusa,
hallo el agravio en la excusa
y, condenando, perdono.

*Sale CLEMENCIA sin ver ni a BEATRIZ ni a
ARMESINDA*

CLEMENCIA: Si Armesinda lleva bien
el dar a Enrique la mano,
salió mi recelo vano;
poco mis sospechas ven.
Si rehusa este concierto,
dándose por ofendida,
don Gabriel la trae perdida
y mi temor salió cierto.

ARMESINDA: Prima, en notable cuidado
hoy mis aumentos te ven;
darte puedo el parabién
de consejera de estado.
Tu padre, que dificulta
riesgos que nacen de nuevo,
me afirma lo que te debo;
quedaré a tu consulta
deudora, que es circunstancia
mucha que a Enrique se rinda
la libertad de Armesinda
porque Beatriz reine en Francia.

BEATRIZ: (¿Cómo es esto de reinar? Aparte
¿Otra vez vuelve este miedo?
Desde aquí escucharlas puedo.)

CLEMENCIA: ¿Qué quieres? Séte afirmar
que te estimo de manera

que por ti me desposeo
del duque.

ARMESINDA: ¿Ya yo no veo
que eres mi casamentera?
Débote voluntad tanta
que no admites y te pesa
ser con Enrique duquesa,
por ser con Carlos infanta.

CLEMENCIA: Prima, reales intereses
efectuólos la ambición;
prométote que no son
mis pensamientos franceses.

ARMESINDA: Serán españoles, prima.

CLEMENCIA: ¿Cómo?

ARMESINDA: Pues ¿no han de tener
alguna patria?

CLEMENCIA: ¿Es querer
pedirme celos?

ARMESINDA: Enigma
es ésta que tu amor traza,
y cuando piensas que está
secretísima, anda ya
a pregones por la plaza.

CLEMENCIA: ¿Estás en ti?

ARMESINDA: No te asombres;
que debe ser tu beldad
alcalde de la hermandad
que prende en los campos hombres.

BEATRIZ: (¡Ay cielos! Todo se sabe. Aparte
El español fermentado
pródigo indiscreto ha sido;
perjuro dejó sin llave
secretos y confianzas.)

ARMESINDA: Alcaide fue tu cuidado
del cuarto en que, retirado,
diste a riesgos confianzas.
¡Qué ingeniosa te apercibes
de torno, tiniebla y salas!
¡Qué sazónada regalas,
qué misteriosa que escribes!

Ya yo he visto los papeles,
cifras de tu extraño amor.

BEATRIZ: (Todo lo ha dicho el traidor.) Aparte

ARMESINDA: No hay para que te receles;

que ya el español me fia
secretos encomendados,
porque tercié en sus cuidados.

Luego ¿piensas, prima mía,
que no me reveló señas,
ya en acciones y ya escritas,
en que dudas facilitas
y animas cuando despeñas?

Pues advierte que me hace
agente de tus amores,
y sé todos los favores
con que intentas que se enlace
en laberintos dudosos,
no sé a qué fin prevenidos,
conceptos con dos sentidos,
oscuros por misteriosos.

El papel que te escribió,
el crédito que con él
te acredita...

CLEMENCIA: ¿Don Gabriel
eso de mí te mintió?

ARMESINDA: Eso y otras liviandades
que callo. ¿De qué te admiras?
(Amor, digamos mentiras Aparte
para averiguar verdades.)

CLEMENCIA: (¿Mas si, celosa de mí Aparte
mi prima, se ha declarado
con él, y cuenta la ha dado
de cosas que presumí
guardar seguras en él?
No hay hombre que no se alabe
de favores que aun no sabe;
imitólos don Gabriel.

ARMESINDA: No hay para qué recelarte
ya de mí; declaraté
con los dos. ¿Qué le diré,

prima mía, de tu parte?

CLEMENCIA: Dile, prima, que por ti
facilitarle deseo
estorbos, y que en tu empleo
me tiene obligada a mí;
que no malogre invenciones
que tanto estudio te cuestan,
pues ellas le manifiestan,
aunque en sombra, tus pasiones;
que las joyas usurpadas
por tu industria, repartidas
también por ti, aunque escondidas,
no engañan disimuladas;
que fácil se manifiesta
cualquiera ardid estudiado,
si se afecta demasiado;
y en fin...

ARMESINDA: ¿Qué locura es ésta,
prima engañosa? ¿A qué efeto
es tanto disimular?
Hácesle desatinar,
sábese ya tu secreto,
¡y atribúyesme quimeras
que ni por el pensamiento
me pasan!

CLEMENCIA: ¡Donoso cuento!
Mira, prima, cuando quieras
que por señas un amante
sus discursos encamine,
no le hagas que desatine;
procura de aquí adelante
probar su ingenio de modo
que señas y conjeturas
ni del todo sean obscuras,
ni tan patentes del todo
que los demás las entiendan;
porque es fuerza que el cuidado
ame siempre desvelado,
y que sus ojos pretendan
registrar en cualquier dama

acciones que acas[o] hechas
den motivo a sus sospechas,
y luego piense que le ama.

ARMESINDA: ¿Para qué gastas doctrina
que tú sola has menester?

CLEMENCIA: ¿Yo? Pues mira; has de saber
que tu español imagina

que yo soy la arquitectora
de la máquina que hiciste;
que como le persuadiste
a amar por señas, y ignora
cuál de las tres de esta casa
es la que ha de obedecer,
apenas nos llega a ver
cuando estudiosos nos tasa

las acciones más pequeñas,
una risa, un volver de ojos,
con que al punto sus antojos
juzgan que le hacemos señas.

Cayóseme un guante ayer
y, creyéndole favor,
ya me imagina en su amor
perdida; quise volver
por mí y atajar locuras;
mas poco me ha aprovechado,
pues, necio y desbaratado,
no sé qué salas a oscuras,
tornos y prendas robadas
alega, con presunción
de que yo fui la ocasión.

Como no le persüadas
a que eres tú su desvelo,
contemporizar con él
es fuerza; que el don Gabriel
es un español del cielo,
y no es bien que, ya apurado
el seso, siendo yo cuerda,
permita que por ti pierda
el poco que le has dejado.

*Vase. Sale BEATRIZ retirada, sin que ARMESINDA la
vea*

ARMESINDA: Esto es burlarse de mí,
esto es haber ya sabido
del criado fementido
cuanto en este caso oí.
A no ser ella la autora
de esta confusa quimera,
claro está que no supiera
lo que me refirió agora.
De celos estoy perdida;
mas no lograré, si puedo,
los lances de tanto enredo.
¿Yo burlada? ¿Ella querida?
Haré que el duque castigue
arrojos de amor tan loco;
que en competencias, no es poco
estorbar quien no consigue.

Vase

BEATRIZ: No hay en casa quien no sepa
cuanto al silencio fié.
¡Ay cielos! ¿Cómo creeré
que en semejante hombre quepa
tal falta, tan vil defecto?
Pero culparle es en vano;
que ya excediera de humano,
si en todo fuera perfecto.

Sale don GABRIEL

GABRIEL: Harásele, gran señora,
a vueselencia de nuevo
el ver que a hablarla me atrevo,
cosa rara en mí hasta agora;

pero alienta mi temor
quien puede, y por vos se abrasa.
BEATRIZ: Decid; que no es nuevo en casa
teneros por hablador.
GABRIEL: ¿Hablador yo?
BEATRIZ: Proseguid.
GABRIEL: Mal su opinión acredita
quien la que tengo me quita,
mintiendo...
BEATRIZ: Decid, decid.
GABRIEL: ...porque es la más civil mengua
para mí...
BEATRIZ: Serán antojos
de quien os buscó todo ojos
y os ha hallado todo lengua.
Decid.
GABRIEL: Envidia será
de quien con vuestra escelencia
lo que no osa en mi presencia...
BEATRIZ: Decid, acabemos ya.
GABRIEL: ...afirma, contra el valor
que en mí esos desdoras teme.
BEATRIZ: Don Gabriel, decid o iréme,
que sois terrible hablador.
GABRIEL: Si en tal opinión me veo...
BEATRIZ: Dejad eso, y proseguid.
GABRIEL: Pues vos lo mandáis, oíd.
Yo deseo y no deseo
cumplir leyes y preceptos
de quien a hablaros me envía
y sus secretos me fía.
BEATRIZ: ¡Guardáis vos muy bien secretos!

Saca y hace que lee un papel

GABRIEL: Pues ¿podéis vos ofenderos
de haberlos quebrado yo?
BEATRIZ: ¡Jesús! ¿Vos quebrado? No;
antes los decís enteros.

GABRIEL: El envidioso ignorante
que me juzga poco fiel...

BEATRIZ: Levantad ese papel,
y proseguid adelante.

*Déjale caer de industria ella, y
levántale él mirándole*

GABRIEL: (¡Ay cielos! Mi letra es ésta.) Aparte

BEATRIZ: Dadle acá.

Tómasele desdeñosa

GABRIEL: Señora mía...

BEATRIZ: Al que secretos os fía
podéis darle por respuesta
que estudie en mis escarmientos
si el fiarse es cosa baja
de habladores de ventaja
que infaman sus juramentos.

Vase

GABRIEL: ¡Madama! ¡Señora mía!

Rayos mortales arroja.
Agora, cielos, se enoja,
que manifestar quería
obscuridades de amor,
agora que comenzaba
mi dicha, y se declaraba,
¿tal desdén en tal favor?
¡Gentil premio de desvelos!
¡Bien satisfechos cuidados,
de habladores infamados!
¿Qué es esto, inclementes cielos?
¿No vi en manos de Clemencia
hoy mi papel? ¿No es el mismo

que hallé agora? En tal abismo,
¿quién ha de tener paciencia?
¿Con quién comunico yo
secretos tan castigados,
de injurias galardonados,
sino con quien me mostró
como carta de creencia
el billete que firmé?
Si amor por señas juré,
y hallo señas en Clemencia,
¿es mucho que desatine
creyendo que es su inventora?
Pues ¿cómo lo sabe agora
su hermana? ¿Cómo a hallar vine
en sus manos mi papel?
¿Cómo Armesinda me aguarda,
con las señas de Gerarda?
¿Fue el intrincado vergel
más confuso de Teseo?
No, cielos, no hay más salida
para no apurar la vida
--que pienso que lo deseo--
sino creer que las tres,
conjuradas contra mí,
comunican entre sí
secretos, porque después,
como cada cuál me engaña,
entre tanta confusión,
castiguen la presunción
que Francia culpa en España.

Sale CLEMENCIA

CLEMENCIA: (Mi padre, pues yo no puedo, Aparte
tanta máquina averigüe,
y mis celos apacigüe;
desharemos este enredo,
y saldré yo de cuidado,
aunque me llamen crüel.)

¿Aquí estáis vos, don Gabriel?
Nunca os veo acompañado;
mas tampoco lo está Apolo.

GABRIEL: Es ésta condición mía.

CLEMENCIA: Sí, pero, sin compañía,
mucho habláis para estar solo.

GABRIEL: ¿También vos formáis agravios?

CLEMENCIA: Amante he yo conocido
que hubiera dichoso sido
a saber cerrar los labios;
y alguna en casa ofendida...

GABRIEL: Diréos, si me dais lugar...

CLEMENCIA: ¿Hablarme vos? No hay que hablar.
Guardaos, no os cueste la vida.

Vase

GABRIEL: ¡Alto! Otra vez se eclipsó
la certidumbre infeliz
de que madama Beatriz
conmigo se declaró,
pues su hermana hizo lo mismo.
¿Cuál de ellas, amor, creeré
que de esta máquina fue
la artífice? En un abismo,
con dos vientos encontrados,
navego sin experiencia;
ya Beatriz, y ya Clemencia
la nave de mis cuidados
combaten; y en tanta mengua
las dos, intimando agravios,
una castiga mis labios,
y otra aborrece mi lengua.

Sale CARLOS

CARLOS: De la confianza necia
que en vos mi amistad creyó

sé que a España se pasó
la fe fallida de Grecia.

Basta que a Beatriz amáis
y, dueño de sus desvelos,
por darme de veras celos,
los de burlas excusáis.

Cuando yo puse los ojos
en Clemencia, si a su hermana
amó vuestra fe liviana,
excusáredes enojos
diciéndome la verdad,
que ya en vuestra lengua dudo;
pero amigo que es tan mudo
guárdese de mi amistad.

Vase

GABRIEL: ¡Señor, gran señor! --¿Qué es esto?

¿Qué concurrencia de males,
qué espíritus infernales
tanta maraña han compuesto?

A todos los he agraviado;
todos acusan mi amor;
con las damas, hablador,
y con el duque, callado.

La fortuna intenta verme,
gustosa en desbaratarme,
con lengua para culparme.
sin ella para perderme.

Sale ENRIQUE

ENRIQUE: Gabriel, Clemencia me envía,

puesto que entre obscuridades,
a que agradezca amistades
que no supe que os debía.

Afirma que en mi favor
le habéis propuesto razones

opuestas a pretensiones
de Carlos, vuestro señor;
y como sé la lealtad
que le guardáis y debéis,
aunque de mi parte estéis,
no es tanta nuestra amistad
que presumiera tal cosa,
a no tener fundamento
en que lo hacéis con intento
de que Beatriz sea su esposa.

¡Digna acción de la cordura
que en vuestro valor se encierra,
pues se ataja así la guerra
que de otra suerte aventura!

Porque, aunque arriesgue el perderme,
su palabra ha de cumplirme
Felipo, o yo prevenirme
contra quien guste ofenderme.

En efecto, sea por esto
o por lo que vos sabréis,
tan persuadida tenéis
a mi dama que ha propuesto
no hacer más de lo que vos
dispusiéredes.

GABRIEL: ¿Clemencia
dice que estriba en mi agencia
el desposaros los dos?

ENRIQUE: Y que estos inconvenientes
bastáis vos solo a atajarlos.

GABRIEL: ¿Yo, en deservicio de Carlos?

ENRIQUE: Señas me dio suficientes,
aunque obscuras para mí,
que sin quererse explicar,
dice, no podéis negar.

GABRIEL: (¡Cielos! ¿En qué os ofendí? Aparte
¿Amante y casamentero?
¿Desleal a mi señor?
¿Ya infamado de hablador,
ya su esposo, y ya tercero?)

ENRIQUE: Que experimente verdades,

que en vos admire, desea;
y que obligaciones crea
de finezas y amistades.

No sé yo con qué pagaros
tanto. Dice que sigáis
la traza que en esto dais;
que alguna vez saldrán claros
los cielos, hasta aquí oscuros;
pues para los animosos
principios dificultosos
prometen fines seguros.

Don Gabriel, ¿qué traza es ésta?
Que es rigor demasiado,
siendo yo el interesado,
ignorarla.

GABRIEL: (¿Qué respuesta Aparte
la daré, confusión mía?)

ENRIQUE: Y que, si no me creéis,
por señas no lo dejéis;
que hartas conmigo os envía.

GABRIEL: (¿Pudo declararse más? Aparte
Luego ¿no fue Beatriz --¡cielos!--
la autora de mis desvelos?
Volved, esperanza, atrás.
Pero ¿cómo me condena,
si no es Beatriz, su rigor
a delitos de hablador?
¡Nunca yo entrara en Lorena!

ENRIQUE: Acabadme de sacar
del golfo en que me habéis puesto.
Decid, don Gabriel, ¿qué es esto
de acertar y no acertar?

GABRIEL: Pues ¿eso también os dijo?

ENRIQUE: Esto al partirse la oí;
y que entenderéis por mí
este misterio prolijo
sin declarárosle a vos,
afirma; y que es de importancia,
en tal caso, mi ignorancia.

GABRIEL: (¡Extraña mujer, por Dios!) Aparte

ENRIQUE: ¿Queréisme ya despenar?

Sacadme de este cuidado.

GABRIEL: Duque Enrique, hanme obligado
a ver, oír y callar.

Si ella afirma que os importa
que este secreto ignoréis
y os ama, ¿qué más queréis?

ENRIQUE: ¿Clemencia conmigo corta,
y con vos tan liberal?

Don Gabriel, ¡aquí de Dios!
¿Por qué habéis de saber vos
lo que a mí no me esté mal
y ha de negárseme a mí?

GABRIEL: Eso dígalo Clemencia;
que yo no tengo licencia.

ENRIQUE: Mirad que saco de aquí
conjeturas no pequeñas
que os desdoran de algún modo.

GABRIEL: Eso sí, sed vos y todo
astrólogo de mis señas;
pero no ingrato a lo mucho
que afirma que me debéis
Clemencia.

ENRIQUE: En fin, vos queréis
que en los misterios que escucho,
y no acabo de alcanzar,
pierda el seso.

GABRIEL: ¿El seso? No;
mas quiero que, como yo,
tengáis que filosofar.

Que os prometo que es mi amor
tan mudo que vive preso
en el alma, y con todo eso
me le culpan de hablador.

No alcanza quien no obedece,
ni sin peligro hay batalla,
ni merece quien no calla,
ni quien malicia merece.

Esto la dad por respuesta;
y decid que, pues dispuso

que os tuviésemos confuso
y os importa, aunque os molesta,
 la traza entre los dos dada
se ponga en ejecución,
porque perderá sazón
si hoy no queda desposada;
 que os disfrazó pensamientos
para acendrar vuestra fe,
porque yo jamás quebré
palabras ni juramentos.

ENRIQUE: Amor es loco, sus temas
imposibles de vencer;
yo no acabo de entender
el blanco de estas problemas;
 pero si, cual conjeturo,
hoy ha de llamarme esposo
Clemencia, tan venturoso
seré como el medio obscuro.

 Voy, porque no me hagáis cargo
de que a malicias me atrevo,
si bien sabré lo que os debo,
pues no es el término largo.

 Pero vivid advertido
en lo que habéis maquinado,
que, si agradezco obligado,
me satisfago ofendido.

Vase

GABRIEL: Todos forman de mí queja;
a tragos la muerte bebo.

Echan por una ventana un billete

¿Qué es esto? ¿Hay peligro nuevo?
Arrojaron de la reja
 un papel. Si es semejante
a sus dos antecesores,

no más ambiguos amores;
mude su dueño de amante.

Alzale y léele

"Ya por experiencia sé
cuán obediente y discreto
vive por vos el secreto
que oculta os encomendé;
no es bien que el premio lo esté,
que os ofrece la fortuna;
ocasión hay oportuna;
id como la vez primera
al torno; que allí os espera
de las tres la una y ninguna."

Como cumpla lo que dice,
demos por bien empleado
todo el desvelo pasado;
si es que a dudas satisface,
fortuna, acábese ya
el tema de estos engaños.

Sale MONTOYA

MONTOYA: Dos horas, si no dos años,
anda de acá para allá
en busca tuya, y no te halla...

GABRIEL: ¡Montoya!

MONTOYA: ...cierta señora
[tapada]...

GABRIEL: Calla, Montoya.

MONTOYA: ...que embauca.

GABRIEL: Sígueme y calla.

MONTOYA: Doy a la lengua cien nudos;
que pues por ti se me estanca,
aquí pasa Salamanca
el colegio de los mudos.

Vanse. Salen FELIPO y CLEMENCIA

CLEMENCIA: Esto es, señor, lo cierto;
Armesinda este ardid ha descubierto.
Lo que de mí has oído
del modo que te afirmo ha sucedido;
a Enrique menosprecia,
no estima a Carlos porque, loca o necia,
al español adora.

FELIPO: De tantos embelecocos inventora!
Clemencia, considera
que parece imposible tal quimera.
En tan pequeños años
¿puede Armesinda hacer tantos engaños?

CLEMENCIA: Para ellos la habilita
ese cuarto, después que no se habita
desde el año pasado
por las muertes que en él hemos llorado
de mi madre y señora,
y del duque mi hermano; allí inventora
de peregrinas trazas,
con tornos, con papeles y amenazas
que ingeniosa dispuso,
del español el seso trae confuso.

FELIPO: Júzgote con tu prima
apasionada, viendo que no estima
a Enrique, cuando quieres
a Carlos; sois estrañas las mujeres.

CLEMENCIA: Espera, haz una cosa;
darásme, si nos sale provechosa,
el crédito debido.
Llama aquí al español favorecido,
como otras veces sueles;
que entre otros, trae consigo dos papeles
que le escribió esa dama
a quien su confusión por señas ama;
conocerás sin duda
por la letra la autora amante y muda

que el estilo profana
con que amor hasta aquí su imperio allana.

FELIPO: Bien dices; de ese modo
sabré quién es y se averigua todo.
Mandaré que le llamen,
y en él de estos misterios haré examen.

Sale ARMESINDA

ARMESINDA: (¿Qué puede buscar, ¡cielos!, Aparte
don Gabriel en tal parte sino celos
que apuren mi cuidado?
¿En el cuarto tanto ha deshabitado,
y cerrarle la puerta
luego que entró? Sospecha, saldréis cierta,
si a confirmaros torno;
allí el teatro oculto, allí está el torno,
amor, de mi tragedia.
Si el duque tanto insulto no remedia,
quedará mi esperanza
marchita en flor, sin fruto mi venganza.)

FELIPO: Armesinda, ¿qué es esto?

ARMESINDA: Sutilezas de amor con que ha dispuesto
Clemencia, señor mío,
cuando tu ofensa no, su desvarío.
Esa parte de casa
que no se vive tu opinión abrasa.
Mi prima, que atropella
respetos de quien es, oculta en ella
a quien te certifique
la causa por que deja al duque Enrique.

CLEMENCIA: Desatinada vienes.
¿La culpa me atribuyes que tú tienes?
¿Perdiste el seso, prima?

ARMESINDA: Ya se saben verdades de este eni[g]ma,
ya el cuarto, el torno y salas
donde escribes, obligas y regalas
al español dichoso,
agora en posesión, antes dudoso.

Derriba, señor, puertas,
que sólo están a nuestro agravio abiertas.

FELIPO: ¿Qué es esto, cielo santo?

CLEMENCIA: Averigua, señor, enredo tanto;
que si la letra miras
de los papeles, no podrán mentiras
desdorar mi inocencia.

ARMESINDA: Eso pretendo yo, haga experiencia
la averiguación sabia
de la agresora que tu casa agravia.

FELIPO: Echaré por el suelo,
abrasaré impaciente
el palacio, la autora, el delincuente
de tanto ciego insulto.

Vase

ARMESINDA: No has de lograr tu amor hasta aquí oculto.

CLEMENCIA: Con frívolas disculpas
disfrazas evidencias de tus culpas.

ARMESINDA: ¡Qué loca te despeñas!

CLEMENCIA: Pues poco has de lograr tu amor por señas.

Vanse. Salen don GABRIEL y MONTOYA

MONTOYA: Segunda vez nos enmonjan
y, cerrándonos las puertas,
solos, de noche y a oscuras,
a pares nos emparedan.
Tú, que sabes lo que pasa,
ni tienes miedo, ni tiembles,
mas yo, que no he merecido
tantica historia siquiera
con que sobornar temores,
¿qué he de hacer sino hacer cera?

GABRIEL: Todo ha de parar en bien.

MONTOYA: No pare en la chimenea
por donde a ciegas me embutan;

pongan luz y saquen cena,
y estémonos aquí un siglo.

Llaman dentro al torno

GABRIEL: Allí llaman.

MONTOYA: Allí llega
tú, que eres el consiliario;
que yo en la dicha comedia
no soy más que el mete-sillas.

*Vuélvese el torno con un billete y una
luz*

GABRIEL: ¡Luz y papel!

MONTOYA: Así empiezan
los actos de nuestra farsa.

GABRIEL: (Una es la nota y la letra Aparte
de éste y de los otros tres,
y dice de esta manera;

Apártase de MONTOYA y lee

"Madama Beatriz se alaba
de que le habéis dado cuenta
de secretos prometidos
que el bien nacido conserva;
Carlos los sabe, Armesinda
a todos los manifiesta,
ya se los habrá contado
a los tres duques Clemencia;
ved si está puesto en razón
que quien juramentos quiebra,
cuando el premio que esperaba
perdió, pase por la pena.
Poneos bien con Dios al punto,
porque dentro de hora y media

he de hacer que en ese sitio
encubra siempre la tierra
lo que no encubristes vos;
que temo de vuestra lengua,
si agora no la sepulto,
que ha de hablar después de muerta."

Esta es sofisticada escusa
de quien cavilosa intenta
honestar sus liviandades
al nuevo interés que afecta.
Ya Clemencia, ya Beatriz,
ya Armesinda la una sea
de las tres, la enigma-dama,
si ama a Carlos la primera,
la segunda al rey francés,
y apetece la tercera
a Enrique, ¿qué maravilla
que recele que se sepan
los arrojados de su gusto?
Temerosa de mis quejas,
con la muerte me amenaza;
pero primero que muera,
hará mi valor alarde
de la sangre que le alienta.)

Saca la espada

Saca la espada, Montoya.

MONTOYA: ¿Para qué la quieres fuera?

GABRIEL: Acaba, o te mataré.

MONTOYA: Pues ¿tú conmigo pendencies?

¿A cuchilladas me pagas
catorce o veinte cuaresmas
que he ayunado en tu servicio?

¿No digo yo que andan sueltas
por este cuarto de ahorcado

Margaritas? (¿Si me trueca Aparte
la cara algún Gacipiro,
y que soy gigante piensa?)

Montoya soy, ¡vive Apolo!
ten, señor, por Dios, vergüenza
de ensuciar tus limpias manos
en sangre lacaya.

GABRIEL: Bestia,
¿qué dices?

MONTOYA: Las letanías.

GABRIEL: Mira que a matarnos entran
traidores disimulados.

MONTOYA: ¿Hacia dónde están, que puedas,
encantados, verlos tú,
y yo agora llenos tenga
los ojos de cataratas?
A Dios y a ventura, muera
todo fauno, sierpe o grifo.

Saca la espada

GABRIEL: Ponte a mi lado, no temas.

MONTOYA: Si se hallare en toda Europa
quien más desdichado sea
que yo...

GABRIEL: ¿Tiemblas?

MONTOYA: Tiemblo y sudo;
olerásme si te acercas.
¿Quieres ver cuán venturoso
soy? Pues escucha. Una siesta
soñaba que me había hallado
tres bolsas y dos talegas
de doblones de a dos caras;
tendílos sobre una mesa
y, cuando empecé a contarlos,
al primero me despiertan,
dejándome de la agalla,
sin permitirme siquiera
que entre sueños recrease
mi codicia con su cuenta.
Soñé otra vez que me daban,
sacándome a la vergüenza

por las calles de la corte,
cuatrocientos de la penca.
Iba yo carivinagre,
llorado de verduleras,
entre escribas y envarados,
las espaldas berenjenas.
Y a cada "ésta es la justicia",
me respuntaba el gurrea
los ribetes cuatro a cuatro,
cual Dios les dé la manteca.
Considera tú qué tal
iría mi reverencia,
que ¡vive Dios! que escocían
como si fuesen de veras.
Pues fue mi ventura tanta,
para que envidia la tengas,
que hasta el último pencazo
no desperté; de manera
que, cuando sueño doblones,
al primero me recuerdan,
y, cuando azotes, me obligan
que hasta el cuatrocientos duerma.
¿Hay bestia más desdichada?

*Golpes grandes a la puerta por dentro. FELIPO
dentro*

FELIPO: Si no abriere, echad por tierra
las puertas.

MONTOYA: Descomunal
¡ayán Tranquitrinco, espera.
¡Santiago, cierra España!
A ellos, señor, o a ellas.

*Cae la puerta y salen FELIPO, BEATRIZ, CLEMENCIA,
ARMESINDA, ENRIQUE, criados y damas*

CRIADO: Ya está abierto para todos.

MONTOYA: ¡Los duques y las duquesas!

GABRIEL: (Pues ¿cómo? Quien me amenaza Aparte
de muerte, porque no sepa
ninguno mudanzas tuyas,
¿ahora con todos entra?)

FELIPO: Rendid, español, las armas.

GABRIEL: A los pies de vuestra alteza,
ellas, el dueño y la vida.

MONTOYA: La bolsa, el dinero, y ellas.

FELIPO: ¿Es blasón de generoso,
a costa de su nobleza
desasosegar palacios
y, extranjero, hacer ofensa
a tanto príncipe y dama?

GABRIEL: Quien a sustentar se atreva
que yo...

FELIPO: Ya se sabe todo.

GABRIEL: ...hice cosa que no deba,
ni aquí, ni...

FELIPO: Don Gabriel, basta;
dicho me han de esta quimera
lo que pasa, aunque en confuso.

GABRIEL: No yo a los menos; que precia
mi valor guardar palabras
que tanto riesgo me cuestan.
Y, pues contra esto me indician,
diga madama Clemencia,
diga Carlos, señor mío,
Beatriz y su prima bella,
vuestra alteza, el duque Enrique,
¿cuándo permití a la lengua
secretos encomendados,
que de los labios escedan?

A ARMESINDA

MONTOYA: Chitón, por amor de Cristo,
dama en cifra, niña almendra,
en lo de la sala y torno,

joyas, papel, noche y cena.

FELIPO: ¿Cuál de estas tres, español,
 mandándoos amar por señas,
 es la sutil inventora
 de tanto artificio?

GABRIEL: Fuera,
 gran señor, yo afortunado,
 a alcanzar mis diligencias
 la solución de esas dudas.
 No lo sé, si bien sospechas
 tengo en todas tres.

FELIPO: Mostrad
 [[]os papeles; que su letra
 alumbrará confusiones.

GABRIEL: Denme todas tres licencia
 para hacer de ellos alarde;
 que, sin dárme la, aunque muera,
 no me atreveré a enseñarlos,
 por no ofendar la una de ellas.

BEATRIZ: Yo os la prometo.

CLEMENCIA: Yo y todo.

ARMESINDA: Yo también.

MONTOYA: Traza discreta
 para deshacer pandillas.

Dáselos, y míralos FELIPO

FELIPO: Ni de Beatriz, ni Clemencia,
 ni de Armesinda es la forma;
 todos son de mano ajena.

MONTOYA: Pues volvamos a tocar
 tercera vez a tinieblas.

GABRIEL: Si las tres me lo permiten,
 y perdona vuestra alteza
 de este amor enmarañado
 culpas que no sé que tenga,
 señas ofrezco bastantes,
 [.....e-a]
 para conocer su autora,

por más que ocultarse quiera.

BEATRIZ: Ya la tenéis.

CLEMENCIA: Acabad.

FELIPO: ¿Qué dices tú?

ARMESINDA: Que desea
mi confusión verse libre.

MONTOYA: (Aquí la trampa se suelta.) Aparte

GABRIEL: ¿Quién, pues, de las tres madamas
a las dos de vueselencias
dio las joyas de diamantes
que las tres sacaron puestas
la primer vez que me hablaron?

BEATRIZ: Leonora, mi camarera,
debajo mis almohadas
halló esta cruz, sin que sepa
cómo o quién allí la puso,
y también esotras piezas,
que por saber este enigma
di a las dos.

DAMA: Es cosa cierta
lo que mi señora afirma.

FELIPO: En fin, ¿que quien nos enreda
se ha de reír de nosotros?

MONTOYA: Desmaráñelo un poeta.

GABRIEL: Señor, si esta vez no doy
con el engaño, no tengas
de averiguarle esperanzas.

FELIPO: Decid.

MONTOYA: Ya va la tercera.

GABRIEL: Cuando agora entré a esta sala
¿estaban con vuestra alteza
las tres madamas presentes?

FELIPO: Sólo Beatriz faltó de ellas.

GABRIEL: Pues ella estaba en el torno
y, apurando mi paciencia,
amenazaba mi vida;
ella es la dama encubierta
que se entretiene en burlarme.

FELIPO: ¿Qué respondéis?

BEATRIZ: Que confiesa

lo que la lengua rehusa
en la cara la vergüenza.

Sale CARLOS

CARLOS: Antes moriré a su lado
que en Francia persona ofenda
al de Nájara, mi amigo.

FELIPO: ¿Qué es?

MONTOYA: Es chilindrona nueva.

CARLOS: Mi hermano el rey se casó
con Ricarda, infanta inglesa;
y, muerto en España el duque
de Nájara, porque queda
sin sucesión, don Gabriel,
sobrino suyo, le hereda.
Pésames y parabienes
os den juntos estas nuevas,
y vos, Felipo, a Beatriz,
permitiendo que merezca
mi intercesión y amistad
lo que madama desea,
que es juntar en don Gabriel
a Nájara con Lorena.
Mi esposa será Armesinda,
dando la mano a Clemencia
Enrique, porque amistades
desbaraten competencias.
Alcance yo vuestro sí.

FELIPO: Dueño es, señor, vuestra alteza
de mi voluntad y estado;
como lo dispone sea.

GABRIEL: A vuestros pies, gran señor...

CARLOS: Levantad; que así se venga
de agravios que amor enlaza
la sangre noble francesa.

MONTOYA: ¡Trinidad de desposorios!
Sólo Montoya se queda
incasable o celibato,

paralelo de una dueña.

GABRIEL: Invencionero ingenioso
es amor; esta novela,
senado ilustre, lo diga,
y en ella el Amar por señas.

FIN DE LA COMEDIA